PEDRO MUÑOZ SECA

LA SEÑORITA ÁNGELES

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

SEGUNDA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1922

LA SEÑORITA ÁNGELES

La señorita Angeles

COMEDIA

EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO
la noche del 11 de Marzo de 1922.

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

A mis padres, que días antes de estrenarse esta comedia celebraron sus bodas de oro.

Dios les bendiga.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANGELES...	Sra.	Ladrón de Guevara.
CONDESA...		Alba.
MILAGRITOS...		Villa.
FRASQUITA...	Srta.	Pujó.
CANDIDA...	Sra.	Santoncha.
ISABEL...	Srta.	Blanch.
MARIQUITA...		Caba (Julia).
LUISA...		Caba (Irene).
GONZALO...	Sr.	Rivelles.
ERNESTO...		Bonafé.
PACO...		Perales.
TIAGO...		López Alonso.
MAMBRULLO...		Hidalgo.
POSTIGO...		Cala.
CERUTI...		Rodríguez.
DOCTOR...		Gutiérrez.



Acto primero

Gran habitación, que sirve de entrada al caserío del cortijo de «Los Parrales», finca que se supone en el término de «El Cuervo», cerca de Jerez de la Frontera.—En el foro derecha y en chaflán, la puerta de entrada, una gran puerta de dos recias hojas, siempre de par en par.—A través de esta puerta se ve un trozo de verde emparrado.—En el foro, una ventana no pequeña, con reja, puerta de madera de una sola hoja, abierta siempre también y sin cristaleras.—Por esta amplia ventana se ve el campo: un campo lleno de luz y de trigales, aún verdes, con algún que otro lejano trozo de viña, verde también, y alguna que otra higuera verdísima.—En el lateral izquierda, último término, el arranque de una escalera que se pierde en el lateral.—En primer término, otra puerta, que simula conducir a otras habitaciones. En el lateral derecha, el arranque de un ancho corredor que da acceso a la gañanía, cuadras, etc., etc.

Hay en escena unos cuantos sillones lebrijanos, con la pátina del tiempo. (¡Nada de sillones blanquitos y nuevecitos, por Dios!) Algunas sillas de aneas, de alturas diferentes; algún banco de madera, algún arcón y alguna mesa adosadas a las paredes; multitud de aperos de labor, un caballete, y sobre él una silla de montar, bastante vieja; capachos y sacos vacíos amontonados aquí y allá...

Del techo pende un gran farol. Fuera de la puerta, bajo el emparrado, donde habrá un par de butacas de mimbres, otro gran farol.—En la pared de la izquierda y alumbrando a una imagen de la Virgen, un farol pequeñito.—Es de día, en primavera.—Epoca actual.

(Al levantarse el telón están en escena ANGELES, CANDIDA, MILAGRITOS, LUISITA, TIAGO, MAMBRULLO y POSTIGO.)

(Angeles, protagonista de esta comedia, es una muchacha que lo mismo puede tener diez y nueve años que veintisiete.—Con tal de que sea joven y bonita, estamos al cabo de la calle.—Viste con sencillez, pero denotando que es una señorita y no una campesina.—Cándida, mujer de cincuenta años, viste de oscuro y con empaque de señora, pero se ve a la legua que de señora no tiene más que la fachada.—El rojo subido de su nariz dice a gritos que bebe más de la cuenta.—Milagritos y Luisita son dos cortijerillas de pocos años: la primera, muy relimpia y bien peinada, y la segunda, bastante desgreñada y sucia.—Todas estas mujeres de este cortijo usan medias blancas, alpargatas o zapato basto, con muy poco tacón, y se peinan con el pelo estirado y moño bajo.—Mambrullo y Postigo son dos gañanes con caras de brutos, y Tiago, el gran Tiago, es un vaquero cincuentón, bestia donde los haya y simpático donde los haya también.)

(Angeles, sentada entre Milagritos, Luisita, Postigo y Mambrullo, les enseña a leer.—Cándida, bajo el emparrado de la puerta, lee un periódico, y Tiago, sentado donde esté cómodo, compone unos zahones.)

Angeles *(Dando un libro a Mambrullo.)* A ver tú, Mambrullo: lee.

Mambr. ¿Otra vez yo?... *(Por Postigo.)* ¿Y por qué no lee Postigo, que ha leío menos?

Angeles Luego leerá, hombre; luego leerá.

Mambr. Está bien: pero como arguno se ría, le vi a da un cate.

Angeles Anda, anda...

Mambr. *(Leyendo con cierto trabajo.)* Leo...

Angeles Sí, hombre, sí.

Mambr. *(Como antes.)* Leo...

Angeles ¡Y dale!

Postigo ¡Si serás bruto, Mambrullo!

Milagtos. ¿No t'ha dicho que leass, besstia?... *(Esta Milagritos, cuando coloca una ese, la silba muchísimo. Es una chiquilla muy redicha y muy exagerada accionando.)*

Mambr. Señore, no arrempujá, que yo no l'he fartao a naide. Digo, me paese a mí... ¡Chavó!

Luisa ¡Cómo te pones con esa cansina de leo, leo!... ¡Lee ya, asaúra!

Angeles	Vamos, vamos; a callar todos. Lee, Mambrullo.
Mambr.	Pero si hase media hora que estoy leyendo, señorita.
Angeles	Anda, anda...
Mambr.	*(Como antes.)* Leo... *(Todos hacen un movimiento de desesperación.)* Leopoldo... ¿Estáis viendo, malajes?... *(Leyendo.)* Leopoldo al caer... herido... llevaba la... llevaba la cara...
Milagtos.	¡Figúrate, el pobre!
Luisa	¡Ya lo creo!
Milagtos.	¡Con un balaso en las sienesss! Cómo iba a llevar la cara...
Angeles	*(Imponiendo silencio.)* ¡Chiss!...
Mambr.	*(Leyendo.)* Llevaba la cara... bina calada...
Milagtos.	¡Ah, vamos! Yo creí... *(Riendo.)* ¡Jajay!...
Mambr.	*(Cerrando el libro y dándoselo a Angeles.)* Que lea otro, que yo ya m'he cansao.
Milagtos.	¡Josús, hijos! Si acabas de escomensar.
Angeles	Milagritos, mujer: un poco de silencio.
Tiago	¡Como que se va a callar mi niña!... Dormía y to habla y arsiona, que no sé a quién ha salío con ese muñequeo.
Milagtos.	¡Qué padre más grasioso tengo!
Angeles	Bueno, vamos a callar todos, que esto de la lección es una cosa muy seria. Postigo, lee tú.
Postigo	¿Yo... o éste?
Angeles	Tú, tú. Abre el libro por cualquier parte y lee.
Postigo	Sí, señora. *(Se limpia la boca y hace muchos preparativos.)* Amos a ve por dónde sale. *(Abre el libro.)* Ya está.
Angeles	Lee.
Postigo	*(Leyendo con trabajo, pero mejor que Mambrullo.)* «Los árabes, din... después de apoderarse de España y de dejar en todas partes sus ella, sus ollas... sus huellas... ¡maldita!...»
Angeles	Sin maldecir.
Postigo	Si es que aquí lo dise, «sus huellas malditas, llegaron al Norte y quisieron que los españoles les dieran Cova... *(Vuelve trabajosamente la hoja.)*
Milagtos.	Valientes sinvergüensas. Ensima de to que les dieran coba.
Tiago	Siempre han sío lo mesmo.

Postigo *(Leyendo.)* «Que les dieran Covadonga»... *(Risas.)*

Mambr. *(A Milagritos.)* Te colaste.

Milagtos. Y mi padre también.

Tiago Y se hubiera colao hasta er Papa.

Angeles *(Reprendiendo a Tiago cariñosamente.)* ¡Santiago, Santiago!...

Tiago ¡¡Mardita sea el esparto!!... *(Protestando pesada y respetuosamente.)* Señorita Angeles...

Angeles ¿Qué pasa, hombre?

Tiago Que yo no quisiera faltarle asté en na, porque le estoy mu agradesío, como se lo están tos los presentes; pero por su salú d'usté, no me llam'usté Santiago, porque yo no me llamo asina. Yo me llamo Tiago na más.

Angeles ¡Qué manía!

Tiago Ni manía ni na: la verdi-chipén y na más que la verdi-chipén. Mi nombre es Tiago, como el de ese es Juan y como el de ese es Manué. *(Por Postigo y Mambrullo, respectivamente.)* Y usté a ese no le llama San Juan, ni a ese San Manué. Y es una triste grásia que a mí, que no creo en na de los curas y que soy de lo más avansaíto que hay acá en los Parrales, me esté usté dando con er santo en las narises to er santo día. ¿No es Tiago hasta más corto?

Milagtos. No le haga usté caso, señorita Angeles.

Tiago Niña, que te vi a arrimá candela, ¿estamo? Con las ideas no tiene naide que meterse, porque eso es el «arbedrido», ¿tú te enteras? ¡El arbedrido! Y el arbedrido de cada cuá es er sagrao de la persona, y ya está dicho.

Angeles Bueno, bueno, hablemos de otra cosa.

Cándida *(Acercándose al grupo, con un periódico en la mano.)* Escucha, Angeles. ¿Has leído lo que dice aquí de la Juan de Juanes, aquella cupletista tan guapa?...

Angeles Sí: ya he visto...

Cándida ¡Qué suerte!... ¡Mira que casarse con un Barón!...

Tiago ¡Vaya una cosa!...

Angeles *(Tomando el periódico y dándolo a Milagritos.)* Anda, léelo tú, Milagritos: estas letras gordas.

Milagtos. *(Leyendo muy silabeado y muy redichamente.)* A-vuela, plumas.

Angeles No, mujer: «a vuela pluma».

Milagtos. Ah, es verdad, que es participio.

Tiago No se callará, no.

Milagtos. *(Leyendo.)* «Una boda de rompe y rasca. La Juan de Juanes y el Barón. Historia «restroctectiva». Perludio de sus amores.»

Angeles ¡Jesús, Jesús, Milagritos! ¡Cuánto disparate! ¡Fíjate, mujer!

(Se oye chillar y lloriquear dentro.)

Ti go *(Levantándose y asomándose a la puerta de la casa.)* ¿Qué pasa?

Luisa *(Idem.)* ¿Quién llora?...

Angeles ¿Qué es?

Tiago Frasquita, la casera, que trae a su niña cuasi a rastras... *(Entrando.)* Cosas de Mariquilla y de Pepito er bisco, que están los dos una mijita querensiosos. ¡Como a él l'han llamao pa di a Melilla!...

(Por la puerta del foro entran en escena FRASQUITA y MARIQUITA. La primera tiene cuarenta años y la segunda diez y ocho a todo tirar.)

Frasq. Entra, arrastrá.

Mariq. Dejemuesté, madre...

Frasq. Ahora mismo va a saberlo to la señita Angele.

Angeles ¿Qué pasa, Frasquita?

Frasq. Esta malaje, que me va a mí a matá.

Angeles Pero ¿qué ha sucedido?

Frasq. Ella mesma va a contárselo asté delante e to er mundo. Es er castigo que yo le he puesto. ¡Hala!

Mariq. Pero si no ha pasao na, señorita Angele. Ha sío que Pepiyo y yo estábamos ahí en la huerta cogiendo papas, ¿sabe osté?... y él tenía güerta la cara pa un lao y yo pa otro, ¿sabe osté?, y de pronto él se gorvió y yo me gorví, y como estábamos serca y agachaos, pos na, paresió que su cara s'había rosao con la mía.

Frasq. ¿Paresió na más, grandísima perra? Y le diste un beso de esos mordíos, que sonó como si hubieras pisao una caña.

Mariq. Digasté que no, señorita Angele: fué que cuando nos gorvimos, se vorcó er botijo y el agua hiso «chas»...

Frasq. Lo que hiso «chas» fué la gofetá que yo te di, que te dejó esmoresía. Vamos, señita, digal'osté que lo que ha hecho es una ver-

güensa... ¡Maldita sea!... *(Lloriqueando.)* Salirme a mí una hija besucona. ¡A mí, que cuando me casé tardé cinco meses en darle el primer beso a mi difunto!...

Tiago ¡Chavó con er probe Julián!... De eso cogería la irterisia...

Frasq. *(Secándose una lágrima.)* ¡Arrastrá vida!...

Cándida Vamos, Frasquita, no hay que ponerse así; la cosa no es para tanto.

Frasq. Usté tiene la manga mu ancha, doña Cándida. Estoy segura que la señita Angeles no dise lo que usté.

Angeles No digo lo que ella, pero tampoco creo que se hunda el mundo porque tu hija haya besado a Pepillo, que se va mañana a pelear con los moros. *(Llora Mariquita.)* No lo harás más, ¿verdad? Una mosita como tú, no debe besar a ningún hombre...

Mariq. Pero si no le he besao; si ya le dije que fué que al coger papas con Pepillo...

Angeles Pues no debes volver a coger papas con Pepillo. Eso de coger hortalizas es un juego muy peligroso. ¿Sabes tú por qué estoy yo tan alegre aquí, entre vosotras?... Porque no cojo papas con nadie. Un beso parece que no es nada, que es aire nada más y puede ser hierro, puede ser cadena que nos amarre para siempre; puede ser nuestra infelicidad.

Tiago Como que ya lo dijo la copla:

Un beso no es na y es to.
Por un beso, una mañana
se tragó Adán la manzana
y aluego la gomitó.

(Risas.)

Frasq. *(Por Tiago, indignada.)* Cómo no había él de salí...

Tiago *(Piropeándola.)* ¡Ay, Frasquita de mis carnes!... *(Risas.)*

Angeles *(Imponiéndose.)* Bueno, bueno. Formalidad. No se hable más del asunto. *(A Mariquita.)* Más te hubiera valido el haber estado aquí, a la hora de la lección. Ya ves lo adelantada que está Milagritos y lo atrasadísima que estás tú. ¿No te da vergüenza?... *(Mariquita se sienta, oculta la cara entre las manos y llora.)*

Cándida *(A Angeles.)* Vamos, no la riñas más. Es muy sentida, y en cuanto se la riñe... *(A Mariqui-*

ta.) ¿Por qué lloras, mujer? ¿Por qué te han reñido?

Frasq. No, señora: porque se va a Melilla Pepillo y no se m'ha declarao...

Cándida ¡Ah, ya!... (¡Anda y que te zurzan!) *(Se separa de ella.)* Frasquita, acércame un poco de agua, que voy a tomar estos comprimidos.

Frasq. Sí, señora. Ahora mismo. *(Mutis por la primera puerta de la izquierda.)*

Tiago Usté siempre tomando potingues. Aguardiente con unas gotas amarillas; vino con unas gotas blancas...

Milagtos. ¿Qué comprimidosss son esosss, doña Cándida?

Cándida Es una medicina francesa. *(Abre la caja.)* No me queda más que uno. *(Lo saca.)* Toma, te regalo la caja, ya que eres la más aplicada. *(Le da la cajita.)*

Milagtos. ¡Ay, muchísimas gracias, doña Cándida!

Tiago ¿A ve?

Luisa ¿A verla? *(Todos se acercan a ver la caja.)*

Mariq. Mu bonita que es.

Postigo Mu bonita.

Mambr. Superió. *(Entra Frasquita con el agua.)*

Milagtos. Asperarse, que vi a lee lo que está aquí escrito.

Angeles No te canses, porque está en francés.

Cándida Sí, no te canses. Tampoco yo he podido leerlo.

Milagtos. ¡Qué lástima! *(Leyendo en la tapa de la caja tal y como está escrito.)* Traitement rationel des maladies... *(Asombro general.)*

Tiago ¡Ay, que mi niña lee en francés!

Mambr. ¡¡Callarse!!...

Milagtos. *(Leyendo, conmovida.)* Del estomac. Comprimes, bismuthes, tres agreables...

Postigo ¡Josú!

Frasq. ¡Esto es un milagro!

Tiago ¡¡Qué milagro!!... ¡Yo no creo en eso!... Esto es talento y na más. ¡Sigue!...

Mambr. *(Admirado.)* ¡En francés! Er vello tengo de punta.

Tiago ¡¡Callarse!! Ar que hable le doy un gorpe. *(A Milagritos, entusiasmadísimo.)* ¡Sigue, por tu salú!

Milagtos. *(Leyendo nerviosísima, casi llorando.)* Tres agreables a prendre les comprimés constituent le meilleur pour soulager...

Angeles ¡Basta, basta!... ¿No ven ustedes que está ya nerviosa?

Tiago ¡Como que ha hecho un esfuerso!... ¡Josú, mi niña! Ven acá, que te vi a comé. *(La besa.)*

Angeles Ea, y se acabó la clase. Cada uno a su obligación. *(Se deshace el grupo en medio del asombro de todos. Ellos y ellas se miran asombrados.)*

Mariq. *(A Frasquita.)* ¡¡En fransé, madre!!

Frasq. Y tú, ni en fransé, ni en na, borrica, más que borrica... *(Se van las dos por la primera puerta de la izquierda.)*

Mambr. *(A Tiago.)* ¡Y sin que naide l'haiga enseñao, Tiago de mi arma!

Tiago Tiene a quien salí, Mambrullo. *(A Milagritos.)* Amonos, niña, que has estao güena.

Mambr. *(Haciendo mutis por la puerta del foro.)* Se lo vi a desí a to er mundo. *(Vase.)*

Luisa *(A Postigo.)* ¡Miá tú que saber er fransé!

Postigo ¡Y sin haberse ella dao cuenta!

Tiago *(Haciendo mutis con Milagritos, Luisita y Postigo por el corredor de la derecha.)* Escucha, niña.

Milagtos. *(Aún temblorosa.)* ¿Qué, padre?

Tiago Que dende ahora en adelante no le lees tú en fransé a naide más que a mí, que pa eso soy yo tu padre. Er que quiera sabé, que aprenda. ¡Arsa pa alante! ¡Ojú, qué niña tengo!... ¡Dichosa la rama que ar tronco sale! *(Se van.)*

Angeles Nada, que se han creído todos que Milagritos sabe el francés. Tiene verdadera gracia.

Cándida Lo que tiene verdadera gracia es... lo otro.

Angeles ¿Lo otro? ¿Qué es lo otro?

Cándida Mujer, el que tú le hayas reñido a la hija de la casera por lo del beso.

Angeles ¡Ah! *(Ríe.)* Sí: tienes razón.

Cándida Mientras más tiempo pasa, más me asombra pensar en lo que hemos sido... y lo que somos.

Angeles Pues mira, nunca me he sentido tan feliz como ahora.

Cándida ¡Anda ésta! Ni yo tampoco. Ahí es nada, no ocuparse de trapos ni de dinero... Ser señora sin tener que justificarlo con pieles y buenos vestidos...

Angeles Y sobre todo verse rodeada de consideraciones, de respeto, de cariño... *(Suspirando.)*

¡Ay, Cándida! El día que tengamos que levantar el vuelo...

Cándida No hay prisa.

Angeles Sí, pero no voy a pasarme aquí el resto de mi vida. ¡Ojalá!

Cándida La verdad es que tuviste suerte con tu enfermedad. ¡Quién había de decirme, cuando ya te lloraba por muerta, no solo que revivirías, sino que nos esperaba esta temporada tan feliz!

Angeles Mi suerte no ha sido la enfermedad, sino tener un amigo como Paco.

Cándida *(Imponiéndola silencio.)* No digas tan fuerte lo de amigo.

Angeles *(Riendo.)* Tienes razón: es mi hermano. A veces se me olvida y no debía olvidárseme, porque en realidad eso es y ha sido siempre Paco para mí; mi hermano.

Cándida Es un hombre bueno de ley.

Angeles Bueno es poco. Cuando quieras decir generosidad, complacencia, desinterés, deseo de sacrificarse por todo el mundo, no digas ninguna de esas cosas: di Paco San Martín, y las dices todas de una vez.

Mambr. *(Por el foro, a carrera abierta.)* Señorita Angeles: ahí viene su hermano de usted.

Angeles ¡Oh!

Mambr. Por la regüerta de lo pajares acabo de ve el artomovi.

Angeles Pues no le aguardábamos hoy.

Cándida ¿Qué pasará?

Postigo *(Por el foro, con la lengua fuera.)* Señita Angeles...

Mambr. *(Atajándole.)* Se lo he dicho yo hase una hora.

Postigo ¿Er qué?

Mambr. Eso.

Postigo ¿Y si yo viniera a désirle otra cosa?

Mambr. También se la hubiera dicho yo antes. A Mambrullo no le pisa er terreno naide.

Postigo ¡Está bien, hombre, está bien!

Luisa *(Por la derecha.)* Señita Angeles: ahí está su hermano d'usté, el arministraó.

Milagtos. *(Idem.)* Señorita Angeles, su señor hermano don Francisssco.

Mambr. ¡Y dale! Que ya lo sabe por mí...

Milagtos. ¡¡Jesússs, hijosss!...

Angeles Vamos, vamos... Andad, decidlo a todo el

mundo, para que cada uno esté en su obligación y no tenga él que reñir a nadie.

Postigo ¡Qué va a reñí ese santo!

Luisa ¡Verdá es!

Mambr. *(A Postigo.)* Hala: dilo en la Gañanía, que allí estarán tos jugando a la brisca.

Postigo Voy. *(Mutis por el corredor de la derecha.)*

Mambr. Avisaré a los vaqueros, porque a lo mejón, han dejao a las piaras en er llano y s'han dío ellos a jugá ar monte. *(Se va por la puerta del foro.)*

Cándida Llévate esa ropa, Luisita.

Luisa Sí, señora. *(Se va, llevándose un cesto de ropa.)*

Milagtos. Se lo diré a Frasquita la casera... *(Se dispone a hacer mutis por la puerta de la izquierda y se detiene.)* Señorita Angeles.

Angeles ¿Qué?

Milagtos. ¿Le vasté a contá lo mío?

Angeles ¿Lo tuyo? ¿Qué es lo tuyo?

Milagtos. Lo de que sé el francés.

Angeles ¡Ah! Sí, mujer: ya lo creo. ¡No faltaría más!

Milagtos. Muchas graciasss.

Cándida A ver si te coloca de institutriz.

Milagtos. No; eso, ya le he dicho yo a mi padre, que noss. *(Mutis. Rien Angeles y Cándida. Por la puerta del foro entra en escena PACO SAN MARTIN, hombre de más de cuarenta años, con cara de buenazo y simpatiquísimo.)*

Paco ¡Angeles!... ¡Hermanita!...

Angeles *(Abrazándole.)* ¡¡Paquillo!!...

Paco Buenas tardes, tía Cándida.

Cándida *(Disponiéndose a abrazarle.)* Sobrino de mi vida...

Paco *(Deteniéndola.)* Ahórrese los besos de rúbrica, porque nadie nos ve.

Angeles Escucha, ¿y cómo tú por aquí? ¿Sucede algo?

Paco No, nada; que tengo que llegarme a la estación de «El Cuervo» para ver si ha venido una máquina trilladora que encargué a Madrid.

Angeles ¿Me llevas?

Paco Encantado.

Angeles Pues andando.

Paco No hay prisa: queda mucha tarde todavía. Permíteme que repose un poco. *(Se sienta.)*

Cándida Os dejo para que habléis con entera libertad.

Paco Te veo, mosquita.

Cándida ¿Eh?

Paco Tú vas a echar un trago. ¿A que sí?

Cándida ¡Bah! No te hago caso. Adiós, sobrino.

Paco Adiós, mi ilustre deuda.

Cándida No digas eso de deuda ni en broma. Ahora y gracias a ti, estamos libres de esa plaga. *(Se va por la escalera de la izquierda.)*

Paco *(Por Cándida.)* Qué, ¿está más corregida?...

Angeles Sí, no creas que bebe mucho. Y sobre todo, lo disimula muy bien. Como le traen las botellas de cognac sin etiquetas y delante de la gente lo toma a cucharadas...

Paco ¡Es mucha Cándida!

Angeles Cuéntame, hombre, ¿qué sucede en el mundo? Porque estoy aquí en completo salvajismo.

Paco ¿No lees el periódico que te mando?

Angeles ¡Pchs! Cándida es la que se lee hasta los anuncios.

Paco ¿Te has enterado de lo del hermano de Luis?

Angeles ¿Qué Luis?

Paco Luis Sepúlveda, el dueño de esta finca.

Angeles No.

Paco Pues que ha sido herido en Africa; todos los periódicos se han ocupado del asunto.

Angeles Pero, escucha; ¿el hermano de Luis no era sacerdote?

Paco Tiene un hermano sacerdote, el mayor de todos; pero este otro, el más pequeño, es capitán de Artillería. Dicen que estuvo hecho un valiente. Toda la familia ha ido a Larache con motivo del suceso.

Angeles ¿Luis también?

Paco No, mujer: Luis continúa en Wáshington, de secretario de Embajada.

Angeles Menos mal, porque mira que si estuviera en España y al ir o al volver se le ocurriera venir a la finca...

Paco ¡Bah!

Angeles Y no digamos si se le ocurriera a su familia.

Paco La familia de Luis no tiene nada que ver con este cortijo, que heredó él de su padre. Por eso soy yo, su amigo entrañable, quien lo administra, y por eso me he traído aquí a mi hermanita, para que convalezca de su enfermedad.

Angeles Dejémonos de bromas: la historia de nues-

tro parentesco está bien para esta pobre gente del cortijo; pero si la condesa de Ozorno, la madre de Luis, llegara a saber que soy yo quien está instalada en él como dueña y señora, se lo escribiría a su hijo y menudo disgusto.

Paco Luis no se disgustaría por eso. Diría «cosas de Paco», que no sabe decir a nadie que no. Se haría cargo de la situación y nada más.

Angeles Tú eres muy optimista.

Paco Además, que tú aquí, no eres... lo que eres. No eres «La Sultanita», aquella madrileña, tan conocida y tan locuela; eres la hermana del administrador; la señorita Angeles, una muchacha honrada, virtuosa... Todo el mundo te pone en los cuernos de la luna.

Angeles No sabes cuánto me gusta oírtelo decir.

Paco Te gusta que te crean una santita, ¿eh?

Angeles Hombre, ¿por qué he de negártelo? Pero lo que más me gusta es que reconozcas que he cumplido mi palabra.

Paco ¿Qué palabra?

Angeles Tú, al traerme aquí para que el aire del campo me devolviera la salud, me dijiste: «Mira, Angeles: esta casa no es mía; te traigo a ella fingiéndome tu hermano: es preciso que tu conducta sea irreprochable.

Paco Es verdad, y confieso que has ido más allá de lo que ofreciste, porque yo no te pedí que te convirtieras en la providencia de esta gente del cortijo.

Angeles Eso quiere decir que encuentras que no represento mal mi papel.

Paco Encuentro que lo representas de un modo maravilloso.

Angeles Pues no creas que todo es farsa. Lo que cuesta trabajo es demostrar afecto al que nos inspira odio o repugnancia; fingir alegría cuando nos morimos de aburrimiento o de tristeza. Yo aquí no tengo que esforzarme para estar alegre: me contagia la alegría de los que me rodean y la comparto. No te agradezco tanto el que me hayas devuelto la vida, como el que me hayas hecho conocer un aspecto suyo que yo ignoraba.

Paco ¿Cuál?

Angeles La Sultanita conocía muy bien el sentimiento del desprecio; el que inspiraba ella a los de-

más y el que los demás la inspiraban a ella. Ahora conozco un placer nuevo, que no sospechaba ni que existiese; el de estimar yo y el de ser estimada a mi vez; porque esta pobre gente me quiere de verdad y yo la quiero a élla de igual modo... Créeme, Paquillo: si yo no hubiera nacido en el arroyo, hubiera sido una mujer honrada. Propendo a serlo. La prueba es que no me cuesta trabajo esta comedia. ¡Es tan agradable no salpicarse de barro, poder llevar la frente alta, hacer el bien a nuestro alrededor!...

Paco *(Entusiasmado.)* Mira, eres un encanto de criatura y estoy orgulloso de haberme compadecido de ti, cuando te encontré en aquella fonda, enferma, abandonada...

Angeles No me lo recuerdes. ¡Tú sí que eres bueno!

Paco ¡Caramba! Parecemos una sociedad de bombos mutuos. *(Ríe Angeles.)* Vaya, dejemos de piropearnos y vámonos al Cuerno.

Angeles ¿Cómo al Cuerno?

Paco Al Cuervo, he querido decir. Anda, ponte un velillo, porque si no te vas a despeinar y vas a volver como una loca...

Angeles ¡Bah! ¿Qué me importa?

Paco Como quieras. ¿Invitamos a Cándida?

Angeles No; dice que se marea.

Paco Sí; ella culpa del mareo al coche, al auto, al tren, a todo menos al aguardiente. *(Se van riendo, por la puerta del foro.)*

(Tras una breve pausa entran en escena, por el corredor de la derecha, TIAGO y MAMBRULLO. Vienen discutiendo.)

Tiago ¿Pero qué vas tú a porfiarme a mí, de na, ni de na, ablanda brevas?

Mambr. Hombre, Tiago, que yo he leío...

Tiago Como si no hubieras leío, Mambrullo. Cuando yo tenía tus años me pasaba lo que a ti te pasa: que lees y no te enteras. Porque no basta con leé. Hay que sabé leé y aluego hay que sabé rumiá lo que s'ha leío.

Mambr. ¿Y cómo se rumia, Tiago?

Tiago Pues se cogen los pensamientos, se los echa uno ar sentío y con esas cosas que lleva uno adrento y que son así como dos piedras, prinsipia uno a machacá y a machacá hasta que se jase uno cargo. ¿Lo has comprendío?

Mambr. No, señó.

Tiago ¡Qué brutísimo eres, Mambrullo! ¡Mia que no sabé rumiá con er sentío! Echa un sigarro que te vi a poné un ejemplo. *(Lían un cigarrillo.)* Ya verás. Yo leí «la murtitú es inresponsable», y no comprendí lo que quería sirnificá; pero cogí er pensamiento, me tumbé en er suelo y me dije: «Amos a rumiarlo», y a las sinco horas estaba yo ar cabo de la calle. Porque claro, si van quinientos hombres, es un poné, y ar pasá por la vera de una iglesia va uno y tira una pedrá y achoca ar cura, ¿es responsable la murtitú? No, señó. Es responsable er que tiró, y como s'ha escabullío y naide sabe quién fué, pues er cura se pone «árnica» y la murtitú es inresponsable.»

Mambr. *(Admirado.)* ¡Josú, Tiago!

Tiago *(Pavoneándose.)* De Lebrija que soy, niño. Y eso que argunas veces me digo yo rumiando, «Tiago de mi arma: ¿eres de Lebrija o eres de Petroagrado?» Porque no t'ersagero, Mambrullo; to eso que predican Tronkoski y Celemín, lo he pensao yo antes.

Mambr. ¡¡Tiago!!

Tiago La verdi-chipén. *(Jurando.)* ¡Mialas! Como que yo creo que m'han copiao; porque hase ya quinse años que vengo yo difiniendo que la tierra y la industria y to lo que ersiste debe sé pa el obrero; porque como la propiedá no ersiste, de arguien tiene que sé las c sas, ¿no es verdá?

Mambr. Claro.

Tiago ¡Ay, Mambrulliyo, er día que digan: «Arsa p'alante!»

Mambr. ¿Tardará mucho, Tiago?

Tiago Mu poquitísimo. Y ese día...

Mambr. Ese día me caso yo con su niña d'usté.

Tiago ¡¡Mardita sea er maí!! ¿Eso es to lo que arcansa tu celebro?

Mambr. ¿Pos qué tiene usté pensao pa ese día, Tiago?

Tiago Pues yo... Mira, no se lo digas a naide; pero yo no me quiero morí sin que un cura me limpie las botas.

Mambr. ¡Chavó!

Tiago Porque yo... pa pedí mujeres estoy una mijita pasao. De cosas de comé pienso pedí mu poco; dos quesos de bola diarios; y en lugá de agua...

Mambr. ¡Vino!

Tiago No, señó; yo soy arsenio.

Mambr. ¿Cómo?

Tiago Arsenio: que no bebo más que agua.

Mambr. ¿Y qué iba usté a bebé en lugar de agua, Tiago?

Tiago Chocolate. Y como na de eso tiene importancia, como pedí, pedí, no le iba a pedí ar Comité na más que eso: que un cura me limpie las botas. Porque, mira, na más que de verlo yo jincao delante mía, dándome asín con er pañito y hasiendo asín con er aliento pa sacá más brillo... *(Echando vaho y simulando que limpia.)* ¡Ah!... ¡Josú, Mambrullo, er pelo se me pone que paresco un jeriso! *(Se oye hablar dentro a Milagros.)*

Mambr. Ahí viene su niña de usté. Ya usté sabe en lo que hemos quedao: como usté no me ayude a camelarla, le digo a to er mundo cómo son los apellidos de usté.

Tiago *(Estremeciéndose.)* Mambrullo... to menos eso. Te ayudaré, no por eso solamente, sino porque tú eres un buen muchacho... Ahora que si tú quieres camelarla, sigue mi consejo. Na de ternesa ni de florituras; eso pone a las mujeres mu tontas: insurtos, cara seria, labio torcío y endifieriensia; mucha endifieriensia.

Mambr. Sí, seño. *(Acercándose al lateral izquierda.)* Ahí creo que viene.

Tiago (¡Como que dispresiándola te va a ti a hasé caso mi niña, cacho e grullo!... ¡Si será bruto!... Claro, no rumia...)

(Por la puerta de la izquierda entran en escena FRASQUITA, MILAGRITOS y MARIQUITA.)

Mariq. ¿Pero quién dise usté que es, madre?

Frasq. *(Muy nerviosa.)* No me tomes ataero, porque m'he puesto mu nerviosa; pero yo creo que es el ama.

Mariq. ¿La señora Condesa?

Frasq. La mesma. Asperarse que el artomovi sarga de los pajares y dé la güertā. *(Se pone a observar desde la puerta del foro.)* ¡Ay, si fuera!...

Postigo *(Por la puerta de la gañanía.)* Casera; por los pajares viene un artomovi que no es el del arministraó.

Frasq. Ya lo he visto.

Postigo Vienen dentro dos señoras y un cura.
Tiago *(Saltando.)* ¡¡Un cura!!...
Frasq. ¡Ella es!... ¡¡Ella es!!... ¡Doña Ramona!... ¡La Condesa!... ¡El ama!... ¡Corre, Mariquilla!... *(Vase por la puerta del foro.)*
Mariq. ¡Ay, Jesú!... Ven Milagrito... *(Mutis.)*
Milagtos. Vamos.
Tiago *(Hecho una furia.)* ¿Aónde vas tú? ¿No has oído deesí que viene un cura, desgrasiá?
Milagtos. ¿Y me va a mí a comé?
Mambr. *(A Tiago, guiñándole.)* (Ahora es la mía.) Déjela usté, Tiago, ¿qué sabe ella de na ni de na, con lo borriquísima que es? *(Haciéndole un mohín de desprecio.)* ¡Puaf!... Hala, hala, vete. *(La empuja.)*
Milagtos. *(Extrañadísima.)* ¿Eh? ¿Pero qué hase este asssno?
Mambr. Que te vayas o te arreo un banquetaso... *(La obliga a hacer mutis de un empujón.)*
Milagtos. ¡Jesússs!... *(Vase por la puerta del foro.)*
Mambr. *(A Tiago, maliciosamente.)* ¿Eh? ¿L'he demostrao indifieriensia?
Tiago Sí, pero no la ersageres, Mambrullo, porque te vas a encontrá con un guantaso, que te vas a llevá dos semanas hasiendo buchá.
Postigo *(Que está mirando desde la puerta del foro.)* ¡Ya lo creo que es el ama! ¡Tiago; el ama es!
Tiago ¿Y es verdá lo del cura?
Postigo Sí, señó. Y me parese a mí...
Tiago Me parese a mí que va a durá aquí muy poco ese capellán.
Postigo Que sí, hombre, que sí; que ese cura es el señorito Ernesto.
Tiago *(Pegándose una bofetada.)* ¡Mardita sea er maí, que con ese no puedo! ¡M'ha llegao la negra!
Postigo Tú, Mambrullo, ven acá, que hay que acarreá unas maletas.
Tiago ¡¡Y con maletas!!... *(Se van por la puerta del foro Postigo y Mambrullo.)* ¡Tiago, aguántate, aunque no sea más que por tu hija! Ya vendrán los míos, y ese día...
Luisa *(Por la derecha.)* ¿Quién es esa gente que viene, Tiago?
Tiago Er clero, er patrono, la burguesía... O lo que es lo mismo, la tiocrasia, la aristocrasia y la curocrasia. ¡Maldita sea!... *(Gran rumor de voces.)* Carma y ducasión, Tiago. *(Quitán-*

dose el sombrero y tirándolo.) Que me cojan destocao, pa que no se piensen que me quito er sombrero por ellos.

Luisa *(Que está junto a la puerta del foro.)* Ahí vienen ya, Tiago; ¿qué hago cuando entre la Condesa y er cura, me santiguo?

Tiago ¡¡Anarfabeta!!... ¡Qué digo anarfabeta!... ¡Anarfaburra! *(Procura no ser visto por los que entran.)*

(Por la puerta del foro entran en escena con FRASQUITA, MILAGRITOS y MARIQUITA, la CONDESA, ISABEL y ERNESTO. Isabel es muy joven, el padre Ernesto es un hombre de cuarenta años y de aspecto tan bondadoso como simpático. La Condesa, que ya ha cumplido los sesenta, es una señora muy agradable.)

Frasq. La digo a la señorita que está entavía mejón mosa que antes.

Condesa ¡Por Dios, Frasquita!

Luisa *(Arrodillándose ante Ernesto.)* La mano, padre.

Ernesto ¡Oh! Sí, mujer. *(Le da a besar la mano.)*

Mariq. *(A Milagros.)* Oye, tú, que nosotros...

Milagtos. Verdá es: se nos pasó. *(Haciendo lo mismo que Luisita.)* Padre, la manosss.

Mariq. *(Idem de ídem.)* La mano, padresss.

Ernesto ¡Jesús! *(Les da a besar la mano.)*

Frasq. *(Por Ernesto.)* ¡Quién iba a pensá que aquer chavea que atoreaba los beserros y le quemaba tanto la sangre a mi difunto Julián, iba a sé cura! Y pué que llegue a obispo.

Ernesto Sin llegar a tanto, lo mismo ahora que cuando toreaba los chotos, soy siempre un buen amigo para ti, Frasquita.

Frasq. Dios se lo pague a usté, señorito. *(Entran MAMBRULLO y POSTIGO con las maletas y las dejan en escena.)* Pero ¡ay!, es que no me canso de contemplá a la señorita. No se le conosen en na los diez años que hase que no la veía.

Condesa ¡Diez! Cerca de quince, Frasquita; desde que esta finca le fué adjudicada a Luis, a raíz de la muerte de mi esposo.

Frasq. ¡Jesú, Jesú; cómo pasa er tiempo! Claro, como que la niña *(Por Isabel.)* tenía tres años a to tirar. ¡Y hay que vé lo guapísima que está la niña!... Es desí, la señorita...

Isabel Puede tratarme sin cumplidos.
Frasq. ¿Y los demás señoritos, señorita?
Condesa Luis en América, y Gonzalo dentro de un rato llegará. Viene más despacio, en otro automóvil, con el médico.
Frasq. ¿Pero viene malo?
Condesa Convaleciente de un balazo en el pecho. Ha estado gravísimo.
Frasq. ¿En er moro?
Condesa En el moro. Hemos llegado de Larache esta mañana, y venimos a pasar aquí unos meses; los médicos aseguran que con el aire del campo se repondrá Gonzalo del todo.
Frasq. Ya lo creo. ¡Condená guerra, señorita!
Condesa Es verdad.
Mambr. Los diarios hablan de ella tos los días. Disen que hay un Adela Krin...
Milagtos. *(A Mambrullo.)* ¡Calla, tú!...
Condesa *(Por Mambrullo.)* ¿Quién es?
Frasq. Mambrullo, el hijo de aquel que le desían Pepe Teleras...
Condesa ¡Ah! Sí...
Mambr. Su servió.
Condesa ¿Queda en el cortijo alguno de los de mi tiempo?
Frasq. Sí, señora, arguno queda.
Tiago (Ahora sargo yo.)
Condesa ¿Cómo se llamaba aquel borricote que tanto nos hacía reir con sus barbaridades?
Frasq. ¿No sería er Cundí?
Ernesto No, mujer; mi madre te pregunta por uno muy arrimado a la cola, el más abrutado de todos; aquel de Lebrija, muy republicano, que se pasaba el día diciendo burradas... y que era el encargado de limpiarnos a todos las botas.
Frasq. (¡Dios mío, y él oyéndolo!)
Ernesto Ya recuerdo su nombre: Santiago.
Tiago *(Avanzando solemnemente.)* Su servió.
Condesa (¡Jesús!)
Ernesto (¡Válgame Dios!)
Tiago Solo que ahora, mejón enterao de las cosas, ni soy republicano ni me llamo como me llamaba.
Condesa *(Aparte a Ernesto.)* Esto no tiene arreglo, hijo mío. Hemos metido la pata bien.
Ernesto Deseo, amigo Santiago, que me perdone usted. Ya habrá comprendido, por el tono ca-

riñoso en que he dicho lo que he dicho, que más que una ofensa se trata de una confianza familiar.

Tiago A mí no «tienusté» que darme discurpas; yo selebro lo susedío, pa que vean tos que aquí hay aplomo y ahí ligeresa.

Ernesto Acepto la lección, Santiago. *(Santiago se estremece.)*

Condesa ¿Y decía usted antes que ya no es republicano?

Tiago Ahora soy del comunismo, que no es lo mismo. Y me llamo Tiago na más: er San, pa Sanluca de Barrameda. *(Por Milagros.)* Y ésta es mi niña.

Milagtos. Servidorasss.

Tiago Y no seré tan bruto cuando mi niña sabe hasta er fransé.

Condesa ¿Eh?

Ernesto ¿Es posible?

Frasq. Sí, señó.

Isabel *(En correcto francés.)* Qu'elle parle français?

Ernesto C'est extraordinaire! *(A Milagritos.)* Et ou l'avez vous appris?

Milagtos. *(Con la boca abierta.)* ¿Eh?

Isabel Ici, a la campagne?

Milagtos. *(Como antes.)* ¿Eh?

Tiago *(A Milagros.)* Hala; lúsete; achícalos. Lee eso.

Milagtos. *(Sacando la cajita y leyendo.)* Traitement rationel des maladies del estomac...

(La Condesa, Ernesto e Isabel rompen a reir.)

Tiago *(Amoscado.)* Bueno, poco a poco, ¿eh? Risitas pa achicá a mi niña, no; porque no lo aguanto.

Ernesto No, hombre, no; si es que... *(Sofoca la risa.)*

Condesa No es que nos riamos... Es que... *(A Isabel, que no puede aguantar más la risa.)* (Disimula, por Dios.) Escucha, Frasquita; me figuro que la casa estará dispuesta como siempre...

Frasq. Lo mismito que er día que se marchó usté por úrtima ve. Las camas, la vajilla, la ropa, to en su sitio. No hay más diferencia sino que ahora la arcoba de la sala grande está ocupada.

Condesa ¿Ocupada?

Frasq. Por la hermana del arministraó; por la señorita Angeles, que lleva acá en «Los Parra-

les» más de medio año. También vino ar campo a reponerse, y hay qüe vé cómo s'ha puesto: está hecha una rosa.

Condesa Pues no sabía...

Isabel ¿Y es hermana del administrador?

Frasq. De don Francisco San Martín: un señó de Madrí, que está en Jeré, de notario.

Ernesto Sí, madre. ¿No recuerdas que Luis nos ha dicho alguna vez que esta finca se la administraba un compañero de Universidad, un tal San Martín?... Creo que es una persona excelente.

Frasq. Pué usté llenarse la boca disiéndolo. ¿Verdá, ustede?

Tiago Ideas aparte, y sarvando la desgrasia de su apellido, es más güeno que er pan.

Mambr. Y ella más güena entavía.

Postigo Lo mejón que ha venío ar mundo.

Milagtos. Una santa der sielos.

Mariq. Le pusieron Angeles y asertó er padrino.

Luisa Verdá que sí.

Condesa Qué elogios tan calurosos.

Frasq. Pues poco es pa lo que ella se merese, señorita; porque hablá de ella es prensipiá y no acabá. Acá, en las enfermedades, ella; y en los apuros, ella; y en las desgrasias, ella. Y ella enseña a leé y a resá, y ella peina y compone a las muchachas cuando hay fiestas, y ella acompaña a los enfermos y les compra las medesinas, y ella está siempre a to y pa to, que una madre no lo haría mejón que ella.

Condesa Me estáis haciendo entrar en curiosidad por conocer a ese prodigio. ¿Es persona de edad?

Frasq. ¿De edá? ¡Si no ha cumplío los veintisinco años, señorita! Y de guapa, que digan éstos.

Mambr. Pa morderla, ¡am!

Isabel ¿Y es casada o soltera?

Milagtos. Solteras, como nosotras. Está aquí con una tía suya: doña Cándida.

Isabel En ese caso será una gran compañía para mí durante el tiempo que estemos en el cortijo.

Frasq. Ya lo creo: la mejón que podías tené.

Ernesto La mejor; es verdad. Un buen ejemplo es más eficaz que cien sermones. Bendigamos a Dios, que nos depara este hallazgo.

Mambr. Aquí viene el señó administradó.

Paco *(Por el foro, azoradísimo.)* Señora... acabo de saber su llegada y...

Condesa *(Tendiéndole la mano.)* Pues si ya le han dicho quién soy, ahorro el tener que presentarme, señor San Martín. Aquí tiene usted a la madre y a los hermanos de su amigo Luis, que se complacen en conocerle.

Paco También yo, Condesa, tengo un gran honor. .

Condesa Venimos a pedirle hospitalidad.

Paco ¿Hospitalidad en casa de su hijo? A mí no me toca otra cosa que procurar representarle dignamente durante las horas que estén ustedes en ella.

Condesa No vamos a estar horas, sino meses

Paco ¡Ah! ¡Me... me... me... meses!

Condesa Nuestro propósito es permanecer aquí todo el tiempo que dure la convalecencia de mi otro hijo Gonzalo, que el pobre...

Paco Sí, sí; ya sé que fué herido... ¡Cuánto me alegro!... Es decir, me alegro de la idea... Ya ustedes me entienden, ¿verdad?

Ernesto ¡Claro!

Condesa Según me ha dicho Frasquita, en el cortijo hay de todo, como antes; de modo que si usted no nos echa...

Paco ¿Echarla yo? ¡Por Dios, Condesa; no diga usted tonterías!... ¡Ay, perdón!... Quiero decir, que la casa es mía, digo suya; bueno, de Luis, y siendo de Luis, ¿eh? Yo soy el que tiene que pedir a ustedes mil perdones, porque abusando de la bondad de Luis, había traído aquí a... a una tía...

Condesa A una tía y a una hermana, ¿no?

Paco Sí, señora. Por lo visto éstos le han contado...

Condesa Y tales lindezas nos han dicho de su hermana de usted, que tenemos un vivo deseo de conocerla.

Isabel ¿Dónde está?

Paco Pues ahí... ahí fuera; porque, es que, cuando ahora llegamos, estaba la tía asomada al balcón, y al enterarnos de que se hallaban ustedes aquí, le dijo Angeles que bajara con la ropa necesaria para marcharse. Ya Frasquita les enviará el resto del equipaje.

Condesa ¿Eh? ¿Qué está usted diciendo?

Ernesto ¿Que piensan marcharse?...

Mambr. *(Cerca de la puerta del foro.)* Allí está la señorita. *(Llamando.)* ¡Señorita Angeles!

Milagtos. *(Idem.)* ¡Señorita Angelesss!...

Mariq. *(Idem.)* ¡Que venga usté!...

Isabel *(Mirando hacia el foro.)* ¡Es monísima!

Angeles *(Entrando, un poco cortada.)* Buenas tardes.

Paco Aquí tienes a la condesa de Ozorno y a sus hijos.

Condesa Tengo una gran satisfacción en estrechar su mano.

Angeles Señora...

Condesa Esta buena gente nos ha hecho su retrato, y si el original corresponde a él, como seguramente corresponderá, debemos felicitarnos todos de la fortuna de haberla encontrado en el cortijo.

Isabel Principalmente yo, que tendré en usted quien me haga agradable la temporada y me ayude a cuidar a mi hermano.

Paco No, no; si eso no es posible, señorita.

Isabel ¿Por qué?

Paco Porque Angeles y yo tenemos que irnos a Jerez, ahora mismo.

Frasq. *(Consternada.)* ¿Eh?

Mambr. ¡Josú!

(Todos los camperos se quedan de una pieza y se miran los unos a los otros.)

Condesa ¿Pero ahora mismo?

Paco Habiendo llegado ustedes, no es natural que ella siga aquí.

Condesa Esa no es razón. Nosotros somos tan convidados como ella.

Tiago ¡Claro!

Milagtos. Verdá es.

Paco Además, es que... la tía tiene que firmar mañana una escritura... Yo he venido esta tarde con el propósito de recogerla... Aquí baja: ella misma dirá a ustedes...

Cándida *(Bajando la escalera con una maleta y un maletín.)* Buenas tardes...

Condesa Buenas tardes.

Paco Cándida; haz el favor de decir a esta señora lo que tienes que hacer en Jerez...

Cándida *(Un poco azorada.)* ¿Qué digo; lo de la escritura o lo del dentista?

Paco ¡Atiza! (¡Ha bebido!)

Condesa ¡No vale! ¡No vale! Han preparado una excusa.

Isabel A cien leguas se ve.

Ernesto ¡Quién lo duda!

Milagtos. No hacerla caso.

Mariq. ¡Eso! *(Asienten los demás.)*

Angeles *(A los camperos.)* ¡Silencio!

Cándida Les digo a ustedes muy en serio que tengo que marcharme, y no es cosa de dejar aquí a la muchacha...

Ernesto ¿Cree usted que no quedaba bien guardada?

Cándida ¡Por Dios, padre!... ¡Jesús, hija! ¿Oyes, sobrino?

Condesa Si usted tiene que hacer en Jerez, puede marcharse con San Martín; pero ella, se queda aquí con nosotros.

Angeles ¡No!

Frasq.
Milagtos.
Luisa ¡Sí, sí!...

Mambr. ¡No la deje usté dí, señora!

Tiago A la fuersa, si es menesté.

Condesa No hay que hablar más del asunto.

Paco Sí, señora, hay que hablar, caramba. Yo no debo consentir...

Condesa Mire usted; ella no pensaba marcharse cuando nosotros llegamos. Si ahora lo piensa será porque hemos venido a molestarla, y en ese caso, somos nosotros los que debemos irnos.

Tiago ¡Claro!

Milagtos. *(Dando a Tiago un codazo.)* ¡Padre!

Ernesto El señor San Martín no puede por menos de acceder a nuestras súplicas y dejar a nuestro lado a su hermana, no solo para que nos acompañe, sino también para que nos edifique.

Paco ¿El qué?

Ernesto Sabemos que es una especie de santa a la que todos adoran.

Angeles *(Riendo.)* ¡Una santa yo!... ¡Por Dios!...

Isabel Aquí está ya Gonzalo.

(En efecto, entran por la puerta del foro GONZALO y el DOCTOR. Gonzalo, que es joven y simpático, ostenta la palidez del convaleciente y se apoya en el Doctor para andar.)

Condesa ¿Qué tal el viaje, hijo mío?

Gonzalo Muy bien; gracias a los cuidados del Doctor. *(Se sienta.)*

Doctor A mis cuidados, no; a que va usted estando más fuerte, amigo mío. Ea: ya está usted en «Los Parrales». Ahora a reponerse en quince días.

Ernesto ¡Dios lo haga! *(La presencia de Gonzalo produce una gran expectación.)*

Doctor ¡Hola, San Martín!... ¿Cómo usted por aquí?...

Condesa ¿Se conocen ustedes?

Doctor De toda la vida.

Condesa Lo celebro; porque así nos ayudará usted a convencerle de que no nos quite a su hermana.

Doctor *(Un poco extrañado.)* ¿A su hermana?

Paco Sí, hombre; a mi hermana Angeles; ¿no la conoce usted? ¡Caramba! Pues yo creía... Angeles: ven acá. Aquí tienes al doctor Fernández Ortiz...

Angeles Para servir a usted...

Doctor (¡¡La Sultanita!!)

Paco *(Muy apurado, al Doctor.)* (¡¡Por Dios!!...)

Gonzalo Isabel; dame un poco de agua.

Isabel *(A Angeles.)* ¿Dónde hay un poco de agua?...

Angeles *(Tomando la jarra y el vaso que puso Frasquita sobre la mesa.)* Aquí. ¿Para quién es?

Isabel Para Gonzalo.

Angeles ¡Oh! *(Se acerca a él con el vaso de agua.)*

Isabel *(Presentando.)* Gonzalo: es la hermana del administrador.

Gonzalo ¡Ah!... *(Intenta levantarse.)*

Angeles *(Impidiéndoselo cariñosamente.)* ¡Quieto!... ¡Por Dios! Beba usted.

Gonzalo *(Tomando el vaso.)* Muchas gracias. *(Bebe poco a poco.)*

Ceruti *(Vestido de soldado, por el fondo. Es más madrileño que el Parque del Oeste.)* ¡A ver un valiente que me ayude a subir un baúl! *(Gran asombro en todos los campesinos.)*

Mariq. ¡Un sordao!

Luisa ¡Jesú!

Milagtos. ¡Mariquilla!

Ceruti *(Ufanísimo del buen efecto que ha causado.)* Buenas tardes a todo esto.

Milagtos. Buenasss tardesss.

Mambr. *(A Ceruti, y un poco escamado.)* Aquí hay un valiente.

Ceruti Pues ya somos tres; porque Pepe Ceruti y Molgosa vale por dos. Andando. *(Mutis por el foro con Mambrullo, dándose un pisto fenomenal. Todas las camperas se van tras de él.)*

Paco *(Que habla con la Condesa y Ernesto.)* Nada;

me rindo, señora. Me llevaré a la tía y dejaré a Angeles con ustedes. Pero solo un par de días, ¿eh? ¡Un par de días!

(Gran alegría en todos.)

Doctor *(Aparte a Paco.)* ¡¡Pero Paco!!... ¡La Sultanita con esta gente!

Paco *(Aparte al Doctor.)* ¿Qué quiere usted? El hombre propone y Dios dispone... ¡Hay para pegarse un tiro!

Angeles *(Tomando el vaso de manos de Gonzalo.)* ¿No quiere usted más?

Gonzalo No; muchas gracias. *(Mirándola con deleite.)* (¡Vaya una mujer bonita!)

Angeles *(Mirándole con el rabillo del ojo.)* (¡Vaya un hombre simpático!)—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto segundo

La misma decoración del acto primero.—Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena MILAGROS, MARIQUITA, LUISITA, CERUTI y POSTIGO. Todos escuchan a Ceruti con la boca abierta.)

Ceruti *(Dándose muchísima importancia y cuidando muchísimo la pronunciación.)* Fué aquel un momento, señores, que no olvidaré mientras subsista. Todos en tierra, muertos, y yo solo de pie junto al cañón, como la estatua de aquel ser heroico que se llamó Daoiz y Velarde. *(Adopta una postura de estatua.)*

Mariq. *(Entusiasmada.)* ¡Josú, que aire de hombre!

Milagtos. *(Idem.)* ¡Cómo prenunsia!... ¡Me tiene «locas»!

Luisa *(Idem.)* A mí er pelo es lo que me gusta.

Postigo Estarías tú con unas tripitas, Ceruti...

Ceruti Figúrate. Yo estaba tétrico, sombrío, ceñudo, escuñadriendo... escuñidrando... escudriñando los horizontes.

Milagtos. *(Entusiasmadísima.)* ¡¡Luisitasss, qué hombre!!

Ceruti De pronto vi que veinte moros y más de cuarenta moras subían por un costado del parapeto.

Luisa ¡Ay!

Mariq. ¡Josú!

Ceruti Me vi perdido, porque yo solo, no tenía fuerzas para volver el cañón y apuntarles... Entonces se me ocurrió la idea genial: Cogí un martillo, me puse a la boca del cañón, disparé; al salir la bala le di un martillazo, y es claro, la bala, en lugar de ir derecha, torció hacia el lado y de aquellos veinte forajidos

sólo quedaron babuchas deshermanadas, jaiques sin cabeza y chilabas manchadas de sangre. ¡¡Ah!!

Postigo ¡Ole!

Luisa ¡Eso!

Mariq. ¡Así!

Milagtos. *(Como a quien quitan un gran peso de encima.)* ¡¡Ay!!

Ceruti Aquella noche citaron en la orden de la plaza a José Ceruti y Molgosa.

Milagtos. Escucha, ¿y las moras murieron también?

Ceruti Murieron dos o tres nada más. Las restantes se me arrodillaron a los pies, me sacrificaron una ternera y me dijeron: «Valeroso Ceruti, quédate con nosotras, si gustas.»

Milagtos. ¡Ay, qué graciosasss!...

Ceruti Pero yo les dije: «Fuera de aquí; a mí no me gustan las mujeres en chacletas, ni con el pelo estirao y el moño colgando. A mí me gustan bien mediadas, bien calzadas con zapatos de tacón muy alto; con el peinao de moño alto y las patillas chulonas a los laos y con flores, no en el pelo, que eso está ya antiguo, ni en el pecho, que es una cursilería, sino aquí, en la cintura, que es lo fino y lo elegante.

(A medida que Ceruti ha ido diciendo esto, han ido ellas tapándose las alpargatas y las medias blancas, esponjándose el pelo Luisita, quitándose Milagritos unas flores de la cabeza y Mariquita otras del pecho.)

Milagtos. Unos zapatos de esos con tacón mi alto tengo yo, que me los regaló la señorita Angeles; pero no se andá con ellos: me «caigos».

Mariq. Mujé, también a mí m'ha dao unos la señita Isabé, pero están mu desbocaos y se me salen al andá.

Postigo De catetas que seis las dos. *(Ríe Ceruti.)*

Milagtos. ¿Cateta yo y se er francésss? Cateto, tú, que comes las papas fritas con cuchara.

Postigo ¡Claro! Como que me vi yo a pinchá con er tenedó, como te pinchas tú, que hasta te hases sangre.

Milagtos. *(Haciéndole un mohín de desprecio.)* ¡Ah!...

Mariq. Ceruti, ¿nos vas a enseñá luego modales finos?

Ceruti Sí, mujer; cómo se saluda y cómo se baila el

agarrao, que ya verán ustedes una cosa bonita.

Luisa Escucha; en Madrí es mu fino to er mundo, ¿no?

Ceruti Y los que hemos nacido en el barrio de Embajadores, muchísimo más.

Postigo ¿Er barrio de Embajadores? ¿Qué barrio es ese?

Ceruti Pues donde nace el Cuerpo diplomático; no te digo más.

Milagtos. Oye, tú, ¿cómo es eso del baile agarrao?

Ceruti Verás: ven aquí. Dame esta mano... Con la otra rodéame el talle.

Milagtos. ¿Yo? ¿Pero es que?...

Ceruti ¡Vamos, mujer! ¿Encima que voy a enseñarte?...

Milagtos. Vaya, que sea. *(Lo hace.)*

Ceruti Ahora deja caer tu cabeza sobre mi pecho como si te aletargaras...

(TIAGO y MAMBRULLO entran en escena por la derecha.)

Milagtos. ¿Así?

Ceruti Así. *(Al ver a Tiago.)* ¡¡Aprieta!!

Milagtos. *(Apretando.)* ¿Más?

Ceruti ¡Suelta!...

Tiago *(Furioso.)* ¡¡Niña!!...

Milagtos. *(Separándose de Ceruti.)* ¿Eh?

Tiago *(Amenazador.)* Entra pa dentro; mardita sea, que como te dé yo una guantá, vas a está seis días sin orientarte.

Milagtos. *(Iniciando el mutis.)* Pero si es que me estaba dando una lersión...

Tiago *(Cogiendo una silla para tirársela.)* ¡Mardita sea!...

Milagtos. ¡¡Ay!! *(Pega un grito y se va corriendo por la derecha.)*

Tiago *(A Mariquita y Luisa.)* ¿Y ustede no tenéis na que haser? ¡Hala! ¡Ar fregaero!...

Mariq. Ya vamos, ya...

Luisa ¡Josú, con el hombre!... *(Inician el mutis por la primera puerta de la izquierda.)*

Mariq. ¡Qué se habrá figurao!...

Tiago *(Como antes, amenazándolas.)* ¡¡Mardita sea!!

Mariq. / **Luisa** ¡¡Ay!!... *(Gritan y se van corriendo.)*

Mambr. A ellas no hay que arrearles, Tiago; a quien hay que arrearle es a él. Semos o no semos antimilitaristas.

Ceruti (Bueno, estos tíos... *(Se estira la ropa. Se estira los puños.)* Estos tíos me van a pegar una paliza que me van a brear.)

Postigo *(A Ceruti.)* Y vamos ahora nosotro a hablá una palabrita.

Postigo *(Mediando.)* Hombre. Tiago, la verdá seá dicha; que aquí, Ceruti, lo que estaba hasiendo es dándole una lersión de agarrao a la muchacha.

Tiago ¿Eh? Pero mardita sea la pajuela, Postigo. ¿Y a ti eso te parese bien? Esas lersiones debe dárselas a la mujer su marío y na más que su marío.

Ceruti Es que el agarrao es un baile.

Mambr. *(Amenazador.)* ¿Un baile? ¡Mardita sea!...

Tiago Tú te callas, Mambrullo.

Mambr. Si es que...

Tiago *(Enérgico.)* ¡Que tú te callas!...

Ceruti Lo que pasa aquí...

Tiago *(A Ceruti.)* Y usté se calla también. Lo que pasa aquí quien lo sabe soy yo; y es que la Primavera trae regüerto a to er mundo, y esa es la verdi-chipén.

Ceruti Hombre, Santiago...

Tiago *(Estremeciéndose y con los pelos de punta.)* ¡Ay! ¿Qué ha dicho ese tío? ¿M'ha llamao Santiago?... *(Coge una estaca.)*

Ceruti ¡Atiza!

Mambr. ¡Duro con él!

Postigo *(Desde la puerta del foro.)* ¡¡La Condesa!!...

Tiago *(A Ceruti.)* Luego hablaremos.

Ceruti *(Envalentonado.)* Cuando usté quiera. *(Inicia el mutis por la izquierda, segundo término.)*

Postigo *(A Tiago y Mambrullo, iniciando el mutis por la derecha.)* Amonos: viene ahí con el administraó, que acaba de llegá.

Tiago *(Por Ceruti.)* Se ha sarvao en una tabla.

Ceruti Hasta luego... Santiago. *(Vase.)*

Tiago ¡Mardita sea!... *(Mambrullo y Postigo le empujan y le obligan a hacer mutis.)*

(Por la puerta del foro derecha entran en escena la CONDESA y PACO.)

Condesa Nada, nada, San Martín... Ya tenemos confianza suficiente para que me atreva a decirle que lo que hace usted con nosotros no es ni correcto siquiera.

Paco Condesa, por Dios...

Condesa Quiero regañarle. Y ayer le escribí a Luis

para que él le regañase también. *(Se sienta.)*

Paco ¡Ah! ¿Le ha escrito usted a Luis?... (¡Zambomba!)

Condesa Paga usted muy mal nuestro cariño.

Paco Es usted tan buena, que hasta cuando se enoja, halaga.

Condesa Déjese de galanterías. Por mucho que quiera dorar la píldora, el hecho es que no viene usted una sola vez al cortijo, que no sea para querer llevarse a su hermana.

Paco ¿Y no encuentra usted que es lo natural después de un mes largo?...

Condesa ¿Qué he de encontrar semejante cosa? ¿Ignora usted que Angeles es la alegría de esta casa? Ya no sabríamos vivir en «Los Parrales» sin ella, que es la que nos acompaña, nos anima y nos distrae. Estamos decididos a que no salga de aquí, ni un día antes de que nos vayamos todos.

Paco Eso es imposible, Condesa. ¡Imposible! Porque los... es decir, las... Bueno, es que...

Condesa ¿Sabe usted que si no fuera por... *(Deteniéndose.)* por lo que no quiero decir, creo que acabaría enojándome con usted de veras?

Paco No la comprendo...

Condesa Porque ese empeño injustificado de querer llevarse a su hermana, va siendo ya casi ofensivo para nosotros. Demuestra un desdén inmerecido y molesto...

Paco ¿Puede usted pensar?...

Condesa Lo digo en broma. Precisamente porque no lo pienso le hablo así. Ya sé yo que en el fondo de todo esto no hay más que una excesiva delicadeza de usted...

Paco No es eso, Condesa; es....

Condesa Sí, sí; una delicadeza exquisita, pero sin fundamento. Y no me obligue a decirle más. Al buen entendedor...

Paco *(Perplejo.)* Yo no debo serlo, porque le aseguro que sigo sin comprender lo que quiere decirme...

Condesa No se haga usted el cándido. Usted se figura —confiéselo—que yo voy a oponerme. ¿Eh? *(Con malicia.)* ¿No es verdad? Pues se equivoca usted. Las madres no queremos sino la felicidad de nuestros hijos, y yo no soy de las que buscan la de los suyos en bambollas y vanidades. Creo que para un hombre no

hay más que una garantía sólida de ventura en el mundo: encontrar una mujer honesta, inteligente, virtuosa, y en ese concepto me parece que Angeles puede ser una esposa soñada...

Paco *(Secándose el sudor, porque empieza a comprender.)* ¡Ah! ¿De modo que usted cree?... Es decir que... ¡Caramba! ¿Pero acaso?... Porque como yo vengo de tarde en tarde...

Condesa Aunque así sea; ¿es que no se ha dado usted cuenta de la mutua inclinación de su hermana y mi hijo Gonzalo?...

Paco *(Aterrado.)* ¡Dios mío! ¿Pero... es posible?...

Condesa ¿Va usted a negarme que es por eso por lo que quiere llevarse a Angeles?

Paco Sí, señora; lo niego. Yo no sabía nada. Esto no puede ser... ¡No puede ser! *(Se levanta nervioso.)*

Condesa ¡Bah! Déjese de escrúpulos y de recelos y tranquilícese.

Paco No puedo, señora. ¡Ahí es nada! ¿Y le ha escrito usted a Luis diciéndole esto que mi hermana?... (¡Bueno! ¡Las mulillas!)

Condesa Tranquilícese, San Martín. Lo mismo mis hijos que yo, si es que el caso llega, recibiremos con placer, a su hermana en nuestra familia.

Paco ¡Pero, señora!... ¡Por los clavos de Cristo!...

Condesa *(Sorprendida.)* ¿Eh? ¿Qué dice usted?

Paco Que ahora es más necesario que nunca, que Angeles se vaya hoy mismo a Jerez.

Condesa Mírela. Aquí viene con mis hijos. No se puede negar que Gonzalo y ella hacen una pareja lindísima.

Paco *(Irónico.)* ¡Oh! ¡Ya lo creo!... ¿Quién lo duda?... ¡Ya verá usted, ya!... (Bueno, me la he buscado. Me cuesta la amistad de Luis, la administración de esta finca y sabe Dios si alguna bofetada que otra, que será lo más doloroso.)

(Por la puerta del foro entran en escena riendo y charlando ANGELES, ISABEL, GONZALO y ERNESTO. Gonzalo, de paisano, y Ernesto de balandrán.)

Isabel Con esto tenemos ya diversión para toda la temporada.

Angeles Ya lo creo... *(Al ver a Paco.)* ¡Hola! ¿Pero estás tú aquí?...

Isabel Buenas tardes, San Martín.

Paco ¿Qué tal, Isabelita?

Isabel Dispuesta a pelear con usted si es que viene, como otras veces, con el propósito de raptarnos a Angeles.

Gonzalo *(Entrando con Ernesto.)* ¿Quién habla de eso? ¡Oh! Amigo mío... *(Saludos.)*

Ernesto ¿Cómo va?... *(Idem. Paco mira severamente a Angeles, y ésta queda preocupada durante toda la escena.)*

Condesa Pero ¿de dónde vienen ustedes con tanta algazara?...

Isabel De lejísimo, mamaíta: del cortijo de «Los Faroles».

Condesa ¡Jesús! ¿Y Gonzalo ha podido?

Gonzalo Para mí ya no hay distancias, madre. Estoy completamente restablecido.

Ernesto Venimos de averiguar el apellido de Santiago. *(Risas.)*

Isabel Fué ocurrencia de Gonzalo, mamá.

Gonzalo No, mujer; ocurrencia mía, no. Es que yo esta mañana le dije: «Mire usted, Santiago; yo Tiago no he de llamarle por nada del mundo, y como el que le llame Santiago no le agrada, dígame cuál es su apellido para desde ahora denominarle por él.» Se puso pálido y casi balbuciendo, me repuso: «Yo no me acuerdo de mi apellido, señorito; a fuerza de no usarlo, se me ha olvidado.» Me extrañó esto muchísimo; le pregunté a Frasquita, la casera; me dijo Frasquita que ella no había sabido nunca el apellido de Tiago; pero que un primo de él que había vuelto de América recientemente, y que trabajaba en el cortijo de «Los Faroles», podría darnos razón. Comuniqué a éstos el estado de mis averiguaciones y decidimos trasladarnos a «Los Faroles» para completarlas. Eso es todo.

Paco Hombre, ¿y qué? Me interesa. ¿Cuál es el apellido? Porque cuando él lo oculta tan tenazmente...

Ernesto ¡Claro!

Isabel ¡Cómo no ha de ocultarlo! Como que se apellida Sacristán. *(Risas.)*

Paco ¿Sacristán?

Condesa ¡Jesús!

Ernesto ¡¡Y Fraile!!

Condesa ¡Dios mío! *(Nuevas risas.)*

Paco ¡Qué espanto!... El padre Sacristán y la madre Fraile...

Isabel Tenemos que darle un recorrido de los buenos, ¿verdad, Angeles?

Angeles Ten cuidado con él, Isabelita.

Condesa Sí, que es muy arrimado a la cola.

Paco ¿Cómo arrimado? Es la cola misma. Es posible que hasta le pegue.

Condesa Bueno; ¿dónde tomamos el te? ¿Aquí o arriba?

Isabel Arriba, mujer. Avisaré a Frasquita. *(Se acerca a la puerta de la izquierda, primer término y llama.)* ¡Frasquita!... ¡Frasquita!...

Frasq. *(Dentro.)* Voy.

Paco Nosotros subiremos en seguida. Tengo que hablar unos minutos con Angeles...

Isabel ¿Ya empezamos?...

Paco ¡Por Dios, Isabelita! Es un asunto de familia...

Isabel En ese caso...

Frasq. *(En la puerta de la izquierda, primer término.)* De seguro que me llamáis ustedes pa lo del té, como si lo vierá. ¡A que sí!

Condesa En efecto.

Frasq. ¿Lo vais a tomá aquí, afuera o arriba?

Condesa Arriba.

Frasq. Pues to está preparao; no tengo más que poné el agua a herví. En cuanto que esté, lo subirán las niñas.

Condesa Muy bien, Frasquita.

Frasq. Unos pitisuses he hecho que se vais a chupá los deos. *(Se va.)*

Ernesto Bien; pues dejemos a los hermanos que ventilen ese asunto familiar.

Condesa Sí; vamos. *(Inicia el mutis seguida de los demás.)*

Isabel Cuidadito con las traiciones, ¿eh? No te dejes convencer, Angeles.

Angeles Descuida. *(Se van por la escalera de la izquierda, segundo término, la Condesa, Isabel, Ernesto y Gonzalo.)* ¿Qué te pasa?

Paco ¿Y tú me lo preguntas? Te confieso, Angeles, que no esperaba esto de ti. Nunca hubiera sospechado que ibas a ponerme en el compromiso en que me has puesto.

Angeles ¿Yo?...

Paco Pase que hayamos abusado indignamente de la confianza de esta familia. Siempre podre-

mos decir en descargo nuestro que no tuvimos tal intención ni estuvo en nuestra mano evitarlo; las circunstancias, más que nuestra voluntad, nos obligaron a prolongar la superchería; pero en eso debió acabar todo.

Angeles ¿Y ha pasado otra cosa, tal vez?

Paco ¿Me lo dices con esa cara?

Angeles Con la que tengo. ¿He podido yo hacer más de lo que hice desde el primer momento por salir de esta casa? No me culpes a mí; culpa a la fatalidad: si no ha sido posible encontrar ocasión de romper la cadena.

Paco Es que me han dicho que tú no tratas de romperla, sino de estrecharla.

Angeles ¿Qué quieres darme a entender? Habla claro.

Paco La verdad, Angeles; dime la verdad. Entre Gonzalo y tú... ¿no hay nada?

Angeles ¿Nada de qué?

Paco ¿De qué ha de ser, sino de cariño?

Angeles ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué cosas dices!

Paco No te rías y contesta formalmente. ¿Gonzalo no te ha dicho?...

Angeles Ni media palabra, hombre. Hace falta estar loco para preguntarme semejante cosa. Es cierto que somos buenos amigos, que charlamos constantemente, que nos gusta estar juntos, pero de eso a lo que tú supones media un abismo. ¿No comprendes que sería monstruoso—sí, monstruoso—que yo hubiera consentido que Gonzalo se hubiese insinuado siquiera?... *(Nerviosa.)* Vaya, vaya; termine de una vez este interrogatorio.

Paco No, Angeles, no; tiene que seguir. Tú no sabes lo que acaban de decirme...

Angeles ¿Qué te han dicho?...

Paco Contéstame primero y después lo sabrás. Si es cierto que Gonzalo no te ha hablado nunca de cariño, ¿dónde ha podido tener origen el rumor de que él y tú os queréis?

Angeles ¿Quién dice eso?

Paco Todo el mundo.

Angeles Es una calumnia.

Paco La persona que me lo ha dicho a mí no puede ser acusada de calumniadora.

Angeles ¿Quién fué?

Paco La Condesa, que da por cosa indudable vuestra inclinación.

Angeles *(Espantada.)* Entonces... es que me he descubierto; ¡que me he vendido!...

Paco *(Muy serio.)* ¿Luego es verdad lo que negabas?

Angeles Es verdad que yo le quiero a él: eso solamente. Creía tenerlo oculto; ni a mí misma me atrevía a confesármelo... ¡Estúpida!... Como si eso pudiera ocultarse. Tienes razón, Paco; vámonos ahora mismo. Descubierto mi cariño no es posible que siga permaneciendo aquí ni un minuto más.

Paco ¿Y crees tú, que es fácil la huída, sin confesar la verdad? Porque las cosas han ido más lejos de lo que tú te figuras. La Condesa, atribuyendo mi deseo de sacarte de aquí a un sentimiento de delicadeza por mi parte, acaba de decirme que no concibe para su hijo mejor esposa que tú.

Angeles *(Asombrada.)* ¿Eh?

Paco Casi me ha pedido tu mano. ¿Qué pretexto vamos a dar ahora?...

Angeles *(Riendo nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Yo mujer de Gonzalo!... ¡Yo emparentada con una casa ilustre!... ¡Ja, ja, ja!... ¡La Sultanita solicitada para mujer legítima de un hombre bueno, noble, generoso, del mejor de los hombres!... ¡Ja, ja, ja, ja!...

Paco No te empeñes en aparentar una alegría que estás muy lejos de sentir.

Angeles *(Revolviéndose, nerviosísima.)* ¿Y para qué quieres que te enseñe el alma al desnudo? ¿Para ver la amargura que has derramado en ella? No. Adelante con la farsa. Yo no presumía que esto de jugar a ser mujer honrada fuese un juego tan lleno de peligros. De haberlo sospechado no hubiera aceptado tu ofrecimiento de traerme a «Los Parrales»: hubiera preferido no recuperar la salud. Morir ignorando que existe la felicidad no es una desgracia: la desgracia es vivir sabiendo que no hemos de lograr la ventura con que soñamos.

Paco ¡Pobre Angeles!

Angeles ¿Por qué? ¿Porque he tenido la candidez de decirte que estoy enamorada de Gonzalo? ¡Bah! Ríete de eso, hombre. ¿Acaso yo puedo enamorarme? Las que tenemos por oficio representar la comedia del cariño, no conven-

cemos a nadie de que somos capaces de sentirlo de verdad... Nuestro cariño mancha; ningún hombre de honor puede aceptarlo; eso es para comprarlo en subasta, no para conseguirlo de balde... ¡La Sultanita sintiendo un cariño noble, desinteresado, capaz de todos los sacrificios!... ¡Ja, ja, ja!...

Paco No te rías, Angeles.

Angeles ¿Quieres que llore? Tiempo me queda de llorar cuando vuelva a ser lo que fuí y piense en que yo también tuve la dicha suprema de inspirar amor a un hombre; a un hombre a quien adoraba, a quien hubiera hecho dichoso... y que seguramente no guardará de mí, después que sepa quién soy, más que el recuerdo de humillación, de vergüenza, de haber sido amado por una...

Paco ¡¡Calla!!

Angeles *(Llorando.)* ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Por qué has consentido que pase ante mí la felicidad si no había de alcanzarla? ¿Por qué no dejaste que me muriera?

Paco Llora, mujer, llora, pero tranquilízate; y sobre todo pensemos en el medio de escapar quedando lo mejor posible.

Angeles Sí, eso sobre todo; antes que Gonzalo...

Paco ¿Pues no asegurabas que él no te ha dicho nunca ni una palabra de cariño?

Angeles Porque yo le he contenido siempre; pero me quiere; lo sé... y esa es mi desventura, ¡saberlo!

Paco Yo creo, que lo mejor... *(Rumor de voces dentro.)* Silencio: sécate esas lágrimas: disimula.

Luisa *(Con FRASQUITA por la izquierda, primer término. Frasquita trae una bandeja con la tetera, etc., etc. LUISA, que se ha peinado de otra forma, exagerando las patillas, y que se ha puesto en la cintura un gran ramo de flores, trae dos bandejas con pestiños, etc., etcétera.)* Esperusté, que le vi a avisá a la fransesa. *(Deja la bandeja sobre la mesa, se acerca al corredor de la derecha y llama.)* ¡Milagrito!...

Frasq. ¿No va usté a tomá er té, señorita Angeles?

Angeles No; ahora no...

Frasq. Lo digo porque he hecho los pestiños que a usté le gustan.

Angeles Luego los probaré.

Paco Anda, ven, sentémonos aquí, que está más agradable... *(Se sientan, fuera, bajo el emparrado, y continúan hablando.)*

Frasq. ¿Pero qué hace esa hija mía? Cuidao que es tonta la arrastrá. *(Llamando hacia la izquierda.)* ¡Mariquita!... ¡Niña!... ¡Aviva, asaura!...

Frasq. *(Dentro.)* Voy.

Milagtos. *(Entrando por el corredor de la derecha.)* ¿Me se llama pa lo der té? *(Viene peinada con el moño muy alto, como si le hubiera caído de las nubes, y trae puestos unos zapatos con unos tacones Luis XV, tan exageradamente empinados, que la infeliz anda guardando el equilibrio, como una funámbula.)*

Luisa Sí; echa una manita, hala.

Milagtos. No me metass bullass, porque con estos tacones, tengo yo que mirá mucho aonde pongo er pies.

Frasq ¿Eh? ¿Pero también tú?... ¿Qué ha pasao aquí esta tarde, Luisita?... *(Ruido, dentro, de cristalería que se rompe.)* ¡Josú! ¡Mi niña!... ¡Ya está mi niña! *(Llamando.)* ¡Mariquita!...

Mariq. *(Con dos bandejas, una en cada mano, un pie al aire y el otro con un zapato alto, que le está grande.)* No ha sío na: dos vasos, una tasa y tres cucharillas. Las cucharillas no se han roto. Grandes que me están los sapatos. Anda, Luisita, recoge las cucharillas, mujé, y tráete también er sapato, que se ha quedao por ahí. *(Pone las bandejas sobre la mesa.)*

Luisa Ya voy. *(Mutis por la izquierda.)*

Mariq. (¡Josú, cómo se ha puesto de agua er pan tostao!)

Frasq. Subirlo to con mucho cuidao.

Mariq. Sí, señora.

Frasq. Y mucho ojo con los pitisuses que sobren.

Milagtos. Por Dios, señora.

Luisa *(Con las cucharillas y el zapato.)* Toma.

Mariq. Gracias, mujé. *(Como una de las cucharillas se ha manchado, se la mete en la boca y la limpia con una servilleta.)*

Frasq. *(Por Mariquita, haciendo mutis por la izquierda, primer término.)* (En eso de la limpiesa, sale a mí) *(Mutis.)*

Luisa Bueno, vamos; coge tú estas dos bandejas,

Milagrito; yo estas otras dos y tú la del té, Mariquita.

Milagtos. Escucha: yo con estos sapatos no me atrevo a subí la escalera. Siempre que lo he intentao, cataplum, me he caído de «bocass».

Mariq. Yo de boca, no; pero en cuanti que levanto er pie pa subí un escalón, dejo er sapato en er suelo, de manera que ar segundo escalón ya estoy descarsa.

Milagtos. ¿Qué hasemos, tú?

Mariq. Pues nos los quitamos y nos los gorvemos a poné cuando estemos arriba.

Milagtos. Pero que ya. *(Se quitan los zapatos.)*

Luisa *(Tomando las dos bandejas que le corresponden.)* Anda depriesa, que deben de está ya desesperaos.

Mariq. Vamos. *(Toma en una mano la bandeja y en la otra los zapatos.)*

Milagtos. A mí me hasía farta otra mano pa llevar los sapatos... Sí: como nadie lo ha de vé... *(Levanta el paño que cubre una de las bandejas que va a transportar, pone en ella los zapatos y los tapa con el paño.)* ¡Superió!... Ea, andando. *(Se dispone a hacer mutis.)* ¡Qué bien se está sin tacones!

Ceruti *(Muy deprisa, por el segundo término de la izquierda.)* ¿Pero en qué están ustedes pensando, niñas?

Mariq. *(Ocultando los zapatos.)* ¡Josú!

Milagtos. *(Azoradísima.)* ¡¡Dios míos!!...

Ceruti ¡Que están ya los señores que reniegan hasta de su sombra! ¿Qué pasa con el té, hombre?

Milagtos. Nada, hijo, ya iremos; ya iremos.

Ceruti ¿Qué ya iremos ni qué pantomima? Venga para acá. *(Le quita a Milagritos las dos bandejas y se dispone a hacer mutis.)* ¡Duro!

Milagtos. ¡¡Ay!!... ¡¡Ceruti!!... ¡¡Mis sapatos!!...

Ceruti ¿Eh?

Milagtos. ¡¡Espera!!

Ceruti Que te frían una teja, niña. *(Mutis por la izquierda, segundo término.)*

Milagtos. *(Haciendo mutis tras él, nerviosísima.)* ¡Ceruti!... ¡Espera!... ¡Por tu salú!... *(Vase.)*

Luisa Se ha caído por quitarse los sapatos.

Mariq. Y si no se los quita, se hubiera caído también. *(Se van por donde los otros.)*

Angeles *(Levantándose y entrando en escena.)* Sí; ese es el mejor pretexto.

Paco Claro que eso no aminora mi responsabilidad; pero no me importa. Desde hace algún tiempo tengo hecho el ánimo a que he de perder la administración de «Los Parrales», y lo que más siento, la amistad de Luis.

Angeles Entonces, tú vas a decirle a la Condesa...

Paco Sí, y tú mientras arregla tu ropa.

Angeles *(Al ver a GONZALO, que entra en escena por la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Gonzalo!...

Paco (¡Qué contratiempo!)...

Gonzalo Cuánto dura esa conversación.

Paco Ya ha terminado: me disponía a subir en este instante. *(A Angeles.)* ¿Vienes?

Angeles Iré en seguida, puesto que, obedeciéndote, tengo que arreglar mi equipaje.

Gonzalo ¿Eh?...

Angeles Quien manda, manda.

Paco Yo no mando, suplico. Hasta ahora. *(Se va por la izquierda, segundo término.)*

Gonzalo ¿De manera que es cosa hecha?...

Angeles ¿No le parece que ya va siendo tiempo de que descansen ustedes de mí?

Gonzalo Excelente ocasión de apelar al repertorio de la vieja galantería y decirle todo aquello de «usted no molesta nunca»... «nosotros somos los favorecidos», «esta casa es de usted»... etcétera, etcétera...

Angeles *(Algo picada.)* Vamos; veo que echa a broma que me vaya. Más vale así.

Gonzalo Yo le doy menos importancia que Isabel y mi madre a que nos deje un día antes o un día después. En definitiva todos hemos de irnos ya, puesto que yo estoy restablecido. No es eso lo que me preocupa, sino el que liquidemos nuestras cuentas.

Angeles ¡Ah! ¿Se trata de liquidar?...

Gonzalo ¿Quiere usted que un mes largo de vida común, de trato íntimo, de afecto fraternal—llamémosle así... provisionalmente—se termine de pronto, sin dejar la menor huella?

Angeles ¿Y de dónde saca usted que las amistades se terminan porque la corriente de la vida nos separe a unos de otros? Yo, de cerca o de lejos, seré siempre para usted una amiga, la mejor de sus amigas, si quiere; y espero

que usted tampoco ha de olvidarse de mí.

Gonzalo No está mal la frasecilla, aunque un poco antigua... pero ya comprenderá usted que no es una frase lo que yo vengo buscando, sino algo más sustancioso. He dicho que vengo a que liquidemos y vamos a liquidar.

Angeles No sé a que puede usted aludir...

Gonzalo Al equívoco en que estamos viviendo hace muchos días y con el que es preciso acabar antes de salir de «Los Parrales».

Angeles ¿Equívoco?

Gonzalo No finja que no me comprende, porque usted también se ha complacido en mantenerlo. Ha llegado la hora de decir la verdad. Para usted, era tan grato, como para mí dejarse llevar del más dulce de los sentimientos sin hacer una confesión expresa de él... Los afectos hondos no necesitan salir a la boca, al contrario; parecen complacerse en callar, como si temieran que la palabra los envileciera y los manchara... Eso nos ha pasado a nosotros; a mí por lo menos; pero ya es forzoso una explicación.

Angeles *(Echándolo a barato.)* ¡Dios mío; pero qué galimatías está usted armando! Todo eso debe ser muy largo de comprender y de explicar, y... podemos dejarlo para otra ocasión. *(Queriendo irse.)* Voy a dar un recado a Frasquita. Necesito que mi ropa...

Gonzalo No, Angeles, no.

Angeles Le suplico que me deje...

Gonzalo No accedo a la súplica. Es preciso que terminemos nuestra conversación.

Angeles ¿Pero?...

Gonzalo Usted no puede salir de aquí sin que fijemos bien la situación en que quedamos; sin que acabemos con el equívoco, sin que yo le diga, de una vez, claramente, lo que ya sabe usted de sobra: que yo la quiero a usted, como se quiere a la persona de quien esperamos la felicidad.

Angeles ¡Gonzalo!...

Gonzalo Yo la quiero a usted... Como usted a mí.

Angeles *(Revolviéndose.)* ¿Eh?

Gonzalo ¿A qué andar con falsas modestias en el momento de adoptar la resolución más importante de la vida? Usted me quiere, Angeles: me lo ha dicho, no con palabras, que pueden

engañar, sino con lo que no sabe mentir: con el alma. ¿Verdad que es cierto? ¿Verdad que nos hemos entendido sin hablarnos? ¿Verdad que nos sentíamos ligados para siempre y nos limitábamos a saborear nuestra ventura? No necesitábamos más. Pero ahora ya es otra cosa. El idilio de «Los Parrales» va a terminar: es preciso que dejemos de vivir juntos, que nos separemos, y al separarnos tenemos que decir a todo el mundo lo que somos: dos prometidos.

Angeles *(Aterrada.)* ¡No! ¡Nunca, Gonzalo!... ¡Nunca!... ¿Eso no es posible!

Gonzalo ¡¡Angeles!!

Angeles Yo no he debido dejar que las cosas llegaran a este extremo.

Gonzalo ¿Pero, por qué?

Angeles ¡No me lo pregunte, por Dios!

Gonzalo ¿Es que no me quieres?

Angeles ¡Sí!... Quererle sí... y con todo el corazón, con el alma entera, cuanto es posible querer... Déjeme que se lo diga una y mil veces, por si no encuentro nueva ocasión de poder gozar de esta ventura. No dude usted nunca de mí... Si alguien le dijera—o si usted mismo llegara a pensarlo alguna vez—que yo no le he querido de verdad, rechace la idea, no se deje convencer, responda a quien se lo diga: «Angeles me adoraba; Angeles no conoció otra felicidad en la vida que la de aquellos días que pasó a mi lado; Angeles hubiera querido dar por mí hasta la última gota de su sangre».

Gonzalo *(Medio abrazándola.)* ¡¡Angeles!!

Angeles *(Entregándose.)* ¡Gonzalo!...

Paco *(Apareciendo por el segundo término de la izquierda.)* ¡¡Angeles!!...

Angeles *(Separándose rápidamente de Gonzalo.)* ¡Jesús!

Paco ¿Qué es esto?...

Angeles *(A Paco.)* ¡Vámonos, por Dios!

Paco *(A Angeles.)* Ahora mismo. *(Vase Angeles por la primera puerta de la izquierda.)*

Gonzalo Le suplico, San Martín, que no vea en esto nada de pecaminoso. Ahora le explicaré...

Condesa *(Entrando en escena con ISABEL y ERNESTO.)* Gonzalo, necesitamos de tu auxilio.

Gonzalo ¿Qué sucede?

Condesa Que a San Martín se le ha subido el té a la cabeza y pretende llevarse a Angeles ahora mismo.

Gonzalo Me parece lo más natural. *(Asombro en todos.)*

(Entran en escena LUISITA y CERUTI, que traen entre los dos todas las bandejas. Un instante después entran del brazo, auxiliándose mutuamente, porque traen los zapatos puestos, MILAGRITOS y MARIQUITA.)

Ernesto Hombre, tú has sido siempre el más interesado en que Angeles no nos abandone.

Gonzalo Sí; pero he cambiado de opinión.

Paco (Menos mal.)

Gonzalo Hace ya días que vengo sospechando que hago mal al resistirme a que se marche; pero desde hace cinco minutos la sospecha se ha convertido en certidumbre.

Paco (Gracias a Dios.)

Ernesto No te comprendo, chico. ¿Qué enigma es ese?

Gonzalo No es enigma; es la convicción de que Angeles y yo no debemos seguir habitando ni un día más bajo el mismo techo.

Condesa ¿Por qué?

Gonzalo Porque después de lo que acabo de hablar con ella, la considero ya como mi prometida. *(Alegría en todos.)*

Paco *(Aterrado.)* (¡¡La hecatombe!!)

Isabel ¡Por fin!

Condesa ¡Ya era hora, hijo mío!

Paco (¡Sí que se ha arreglado el asunto!)

Milagtos. (Se lo vi a desí a esa gente.) *(Mutis por la derecha, muy trabajosamente.)*

Ceruti (¡Pobre capitán!)

Gonzalo *(A Paco.)* Ahora se explicará usted mi actitud de hace un momento...

Paco *(Sin saber qué decir.)* Sí, sí; pero... ¡ah!... Porque, claro, yo... ¡Oh!... ¿Eh?

Gonzalo Reconozco que no he debido dar la noticia sin contar con usted, pero aún estamos a tiempo de conciliarlo todo, porque en mi nombre y en el de mi madre—¿Verdad que tú me autorizas, madre mía?—le pido en este momento la mano de su hermana.

Paco *(De una pieza.)* ¿A mí?... ¿La mano de mi?... ¿Eh? De manera que a mí la...

Gonzalo Puede usted hablar con Angeles antes de darme la respuesta.

Paco Naturalmente. Porque, claro; si ella... ¿eh? ¡Ah! No voy yo a... ¡Oh!... Está ahí con Frasquita, que... *(Iniciando el mutis por la izquierda, primer término.)* Le diré... eso; que usted... que la mano... (¡La mano de bofetadas que va a haber aquí!) *(Vase.)*

Isabel (¡Qué nervioso se ha puesto!)

Ceruti *(Que hablaba con Mariquita y Luisa.)* Mi capitán: aquí la gente joven dice que ese acontecimiento hay que mojarlo y que bailotearlo.

Gonzalo Lo que quieran, hombre. Encárgate tú de ello.

Ceruti ¡Ole! ¡Ya está! ¡Viva Madrid!

Milagtos. *(Entrando por la derecha con TIAGO, MAMBRULLO y POSTIGO.)* ¿Qué, Ceruti?

Ceruti Que para festejar el que don Gonzalo y la señorita Angeles se quieren, vamos a organizar ahora mismo un juergaso que va a durar el baile hasta pasao mañana.

Condesa ¡Jesús!

Isabel ¡Muy bien!

Milagtos. ¡Ay, que yo con estos zapatos no puedo hasé nada, Cerutisss!...

Ceruti *(Imitándola en lo de las eses.)* Pues ve a quitártelos, guasonasss, que andas con ellos que parece que no quieres pisar rayasss.

Milagtos. Ahora mismito. *(Mutis por la derecha.)*

Mariq. Y yo. ¡Josú! No veía la hora. *(Mutis por la izquierda.)*

Postigo Voy por la guitarra. *(Se va por la derecha.)*

Mambr. Güeno, la juerga será en el amijá, ¿no?

Ceruti Donde quieran los amos, porque el asunto es distraerlos a ellos.

Tiago ¡Eso! Nosotros de monos, ¿no? A divertirlos. De manera que porque ellos están de novios, nosotros de monos...

Condesa ¡Que siempre ha de protestar este Santiago!...

Tiago *(Estremeciéndose.)* (¡Mardita sea!...)

Ernesto *(Cariñosamente.)* Santiago, Santiago...

Tiago *(Estremeciéndose de nuevo.)* (¡Mar tiro me den!...)

Isabel *(Golpeándole cariñosa y suavemente.)* ¡Ay, Santiago, Santiago!...

Tiago *(Que ya no puede más, secándose el sudor.)* Señorita, que tengo la escopeta cargá, y es un desí.

Isabel ¡Qué va usted a tener, ángel de Dios, si es usted un santo!... ¡Un santo!

Tiago ¿Yo?...

Ceruti La verdi-chipén, como él dice. *(Risas.)* Pero él quiere aparentar otra cosa, porque le sale del «albedrido». *(Risas.)*

Tiago ¡Militá, que te la vas a ganá!

Gonzalo *(A Ceruti.)* Déjalo, tú. *(A Tiago.)* Discúlpenos, Santiago; es que estamos todos muy contentos. Yo celebraría mucho que me dijese usted que lo estaba también.

Tiago Eso...

Gonzalo ¿No es posible?

Tiago Yo, viendo ciertas cosas... no puedo está contento, don Gonzalo.

Gonzalo ¿Ciertas cosas?

Ernesto Sí, hombre: mi sotana. Lo que le molesta es mi sotana.

Condesa No, hombre, no. ¿Cómo le va a molestar la sotana a un Sacristán? *(Sofocan la risa.)*

Isabel Bravo, mamá.

Gonzalo ¡Bien! ¡Muy bien!

Ernesto ¡Mucho!

Tiago *(A Mambrullo.)* ¿Habrá sío con segunda? Tengo yo que rumiarlo...

Ernesto ¡Ay, Santiago!... Parece mentira que le molesten a usted tanto los curas, siendo usted Fraile. *(Risas.)*

Mambr. *(A Tiago, que le mira con la boca abierta.)* No rumie usté, que se vasté a cansá.

Tiago Pero, mardita sea mi cara, ¿quién les habrá dicho?...

Mambr. Ceruti, er militá; apuesto la cabesa.

Tiago *(Amenazador.)* Le vi a dar un guantaso que le vi a dejá la boca echa un sonajero. Ese güerve a Madrí en una espuerta. ¡Miálas!

Ceruti *(Que habla con Isabel y Luisa.)* ¿Eh? ¿Pero se apellida así? *(Riendo.)* ¡Ahora sí que se ha caído!

Luisa ¡Ay, qué grasioso!... *(Habla con Ceruti.)*

Frasq. *(Con MARIQUITA, por la izquierda, primera puerta.)* ¿Pero es verdá lo que dise mi niña, señorita, que son ya novios la señorita Angeles y don Gonzalo?

Condesa Es verdad.

Frasq. ¡Como está allí llora que te llora como si le hubiera ocurrío una desgrasia!...

Ernesto Llora porque siente separarse de ustedes.

Frasq. Pero ¿también es verdá eso de que el hermano quiere llevársela ahora mismo?

Condesa Tanto como ahora mismo, no será.

Frasq. Sea cuando sea, er día que se vaya nos vamos a quedá sin sombra. En fin, me ocuparé de lo que me he encargao. *(Mutis por la izquierda, segundo término.)*

Mariq. *(Que habla con Ceruti, Luisa e Isabel.)* ¿Sacristán y Fraile? ¡Josú, qué grasia tiene eso!

Postigo *(Por la derecha, seguido de MILAGRITOS.)* Aquí está la guitarra... *(Se acerca al grupo en que está Ceruti.)*

Milagtos. ¡Ea! Vamos a ver. *(A la Condesa.)* Llevaremos sillas, ¿verdá, señorita?

Condesa Claro, mujer.

Milagtos. ¿Les parese a ustede buen sitiosss debajo der morá?

Ernesto Muy bien: debajo del moral. Vamos. *(Vase por el foro.)*

Gonzalo *(A la Condesa.)* Mucho dura esa conferencia, madre.

Condesa ¡Bah!

Gonzalo No sé qué veo en San Martín.

Condesa ¡El pobre!... *(Se van por el foro.)*

Milagtos. Vamos, padre, y tú, Mambrullo, lleva estos asientos pa allá.

Postigo *(Riendo, en el grupo.)* ¡Y ademá Fraile! ¡Josú!... *(Risas.)*

Isabel Ea; andando. *(Mutis por el foro.)*

Postigo Vamos.

Ceruti Dame la guitarra y carga con un sillón de esos. *(Obedece Postigo.)* Tú, Mariquita, y tú, Luisita, cargar también con sillas.

Mariq. *(Cogiendo una silla.)* Ya está.

Luisa *(Idem.)* Arzando. *(Se van las dos con Postigo por el foro.)*

Tiago *(Cargando con un banco.)* ¡Y él con la guitarra!

Mambr. *(Idem.)* Con lo de más peso; como siempre.

Ceruti La guitarra la va a transportar Milagritos, y yo voy a tener el gusto de llevar una silla para ella. *(Da la guitarra a Milagros.)*

Milagtos. *(Traspuesta de júbilo.)* ¡¡Cerutiss!!

Ceruti Pa ella; pa la «Sacristana», que me está encendiendo las luces del sentido.

Milagtos. ¡¡¡Cerutiss!!!...

Ceruti *(Muy chulón.)* Echa pa alante, porrón de arrope; que benditas sean las hijas de los Frailes. *(A Tiago se le cae el banco.)*

Milagtos. *(Desflecada de gusto, gritando.)* ¡¡Aisss!!! *(Mutis por el foro con Ceruti.)*

Tiago *(Recogiendo el banco.)* ¡Mambrullo!

Mambr. *(Desesperado.)* Qué... ¡Mardita sea mi sino perro!

Tiago Me vi a figurá que estoy en Petro-agrado, y me vi a enredá a bocaos con er militá, er cura y su madre, que va a creé to er mundo que soy... «anfotógrafo».

Mambr. ¿Cómo dise usté?

Tiago *(Haciendo mutis con él por el foro.)* De esos que se comen a los semejantes. Y que como emprensipie yo a morder, voy a dejá a esta familia sin cura. *(Se van.)*

Paco *(Con ANGELES, por la izquierda, primer término.)* Bueno, mira, sécate esas lágrimas, porque llorando no se consigue nada. Lo que precisa es salir de esta situación.

Angeles ¿Pero cómo salimos de ella?

Paco A mí no se me ocurre otro medio que la fuga. Escapémosnos.

Angeles Eso no es una solución. Ni Gonzalo ni su madre dejarían de buscarnos en Jerez, donde descubrirían en el acto la verdad: que ni tú tienes hermanas, ni yo soy más que... lo que soy.

Paco Tienes razón.

Angeles Mientras hemos estado aquí, aislados del mundo, hemos podido sostener la farsa: desde el momento en que esta familia vuelva a rozarse con la gente, ¿crees que es posible mantenerla en el engaño?

Paco Entonces, ¿qué remedio queda?

Angeles Ninguno. Aceptar el castigo de nuestra culpa.

Paco Pero ¿acaso hemos tenido la culpa nosotros? No, Angeles; todo ha sido obra de la fatalidad, de la desgracia.

Angeles ¿Qué más da? Ahora no hay que ocuparse sino de dulcificar el golpe que va a sufrir Gonzalo.

Paco ¿Gonzalo nada más? Puede que el golpe, si lo hay, sea yo quien lo reciba.

Angeles Créeme, que pienso en su dolor más que en el mío. ¿Qué dirá cuando sepa que la mujer a quien quiso hacer su esposa... soy yo?

Paco Es verdad. Eso no hay manera de dulcificarlo.

Angeles Pero puede evitarse que lo averigüe de un modo demasiado cruel; puede evitarse que se lo cuenten en la calle, delante de otras

personas, donde le avergüencen, donde al dolor se junte el sonrojo.

Paco Sí, claro, porque... Y si cree que tú y yo... ¡Caramba!

Angeles Mira: de dos maneras únicamente puede llegar Gonzalo a conocer la verdad: porque se lo cuenten otros, ò porque se lo descubra yo misma...

Paco *(Asombrado.)* ¿Eh? ¿Y quieres ser tú?...

Angeles Sí; es lo único que puede dignificarme algo a sus ojos. Quiero ser yo quien lo haga; pero no a él directamente: no tendría valor para decírselo a él mismo. Lo haré por conducto de su madre; ella se encargará de endulzar la amargura que le produzca el descubrimiento. Llámala.

Paco ¿Pero ahora?

Angeles Ahora mismo. ¿No esperan nuestra respuesta?... Anda. Detén a Gonzalo. Que venga la Condesa y el padre Ernesto nada más.

Paco Reflexiona, Angeles.

Angeles Ve.

Paco Voy. Y puesto que estás decidida a contarlo todo, procura dejarme a mí lo menos mal posible. No me importa perder la administración, ni la amistad de Luis, ni el afecto de esta familia; lo que quiero es que no haya estacazos, ni desafíos, ni zarandajas de esas. Yo no he tenido la culpa de nada de esto, caramba.

Angeles Quedarás bien, descuida. Eres un santo, y no debo perjudicarte. Yo recabaré para mí sola todas las culpas. Pero ve pronto: antes que me falte el valor. Ahora lo tengo: aprovechémoslo. Corre y que Dios me ampare.

Paco Aguarda. *(Se va por el foro. Pausa.)*

Frasq. *(Por la izquierda, segundo término, con un poco de ropa blanca, limpia, pero sin planchar.)* Esto es lo único que hay sin planchar, señorita Angeles.

Angeles Bien: me lo llevaré así: es igual.

Frasq. ¿Eh? ¿Pero es que se va usté a í hoy mismo?

Angeles *(Procurando que Frasquita no advierta su emoción.)* Dentro de un rato.

Frasq. Claro, siendo novios... *(Se pone a estirar la ropa que trae.)* Ustede, los señores, le dais mucha importansia a eso de viví bajo er mismo techo...

Angeles *(Por decir algo.)* Claro...

Frasq. ¡Qué suerte la del señorito Gonzalo, señorita!... Bueno, y la de usté tampoco es mala, porque don Gonzalo es un güen moso, muy corriente y con un corasón... *(Suspira Angeles dolorosamente.)* ¡Y cómo la quiere a usté, señorita! Es una cosa que se le escapa el interió por los ojos. *(Angeles sofoca un sollozo.)* ¿Eh? ¿Llora usté? ¡¡Señorita Angeles!!...

Angeles Déjeme usté, Frasquita: quiero estar sola.

Frasq. ¿Pero?...

Angeles Se lo suplico: déjeme usté.

Frasq. *(Muy pausadamente recoge la ropa e inicia el mutis por la izquierda, primer término, diciendo.)* (A mí, que no me digan; pero esto no es natural. Bueno que se llore de miedo la víspera de la boda, porque como los hombres son tan brutísimos...) *(Mutis.)*

Angeles *(Tras una breve pausa, procurando serenarse.)* Hay que tener valor.

Condesa *(Con ERNESTO, por la puerta del foro.)* ¿Qué es esto, Angeles? Nos ha dicho su hermano que quería usted que viniéramos solamente Ernesto y yo, para darnos su respuesta.

Angeles Así es, señora.

Condesa Es extraño. Siendo Gonzalo el más interesado en esa contestación ¿es el único que no puede oirla?

Angeles Porque desgraciadamente tendrá que oirla al fin, es por lo que quiero que sea usted quien se la lleve. En labios de una madre resulta todo menos duro, menos cruel.

Condesa ¿Qué misterio es éste, hija mía?

Ernesto Hable usted pronto. Nos intranquiliza.

Angeles Sí, sí; hablaré... Pero, no, no... ¡no puedo!... ¡Es superior a mis fuerzas!

Condesa ¡¡Angeles!!

Angeles *(Rompiendo a llorar y arrojándose a los pies de la Condesa.)* ¡Perdón, señora, perdón!...

Condesa ¿Eh? ¿Qué tengo yo que perdonarla?...

Ernesto Vamos, serénese; usted no puede haber cometido ninguna falta grave...

Angeles Yo soy la más miserable, la más abyecta de las criaturas... Desprécienme, arrójenme de su lado; pero no crean que he representado esta farsa por conseguir una cosa con la que no he soñado jamás... No: yo no he preten-

dido nunca ser esposa de Gonzalo; yo sé que eso no es posible; que él no puede darme su nombre; que no soy digna de él...

Condesa ¿Pero qué está usted diciendo, hija mía?

Ernesto La mejor prueba del juicio que a todos nos merecen sus cualidades, es lo que mi hermano acaba de decirle al suyo...

Angeles Basta de engaño. Yo no soy hermana de San Martín.

Ernesto ¿Eh?

Condesa ¿Es posible?

Angeles Me trajo aquí diciendo que lo era, porque los médicos me mandaron al campo a convalecer de una enfermedad, y él, compadecido, me brindó este refugio...

Ernesto Pero para traerla a «Los Parrales» no necesitaba fingir tal parentesco.

Angeles Sí, porque yo no puedo entrar en una casa respetable con mi verdadero nombre. El saber quién soy aleja de mi lado a todo el que se estima...

Condesa ¿Quién es usted, Angeles?...

Angeles No quiera saberlo: lo más despreciable, lo más vil, lo último; lo que es de todos, lo que se compra como mercancía.

Ernesto ¡No!... ¡¡No!!...

Condesa ¿Pero eso es verdad?... ¿Es verdad? *(Suena una guitarra dentro.)*

Angeles Recuerden que yo no quería quedarme aquí cuando ustedes llegaron. Sabía que mi contacto podía mancharles... Fueron sus ruegos los que me hicieron ceder... Sus ruegos y mi ilusión de seguir viviendo entre gentes honradas... ¡Es tan hermosa esta vida para quien nunca la ha conocido!... ¡Para quien es lo que yo soy: la mujer del fango, del arroyo!...

Ernesto ¡Jesús!...

Condesa ¡Dios mío!...

Gonzalo *(Entrando por la puerta del foro, demudado, lívido, casi sin poderse tener.)* ¡¡Angeles!!... *(Movimiento de terror en todos.)* ¡Dígame usted que todo esto es una pesadilla... que no es verdad nada de cuanto acabo de oir!

Angeles ¿Me escuchaba usted?

Gonzalo Sí. *(Como si fuera a lanzarse sobre ella.)* ¡Miserable! ¡¡Miserable!!...

Angeles *(Con alegría.)* ¡Qué felicidad!...

Gonzalo *(Deteniéndose asombrado.)* ¿Eh?

Angeles *(Con pena.)* ¡No!... Fué una ilusión... Yo creí que iba usted a matarme.

(Durante esta última escena, una Voz dentro ha cantado esta copla.)

«Maresita de mi arma,
cara de santa tenía
la mujer que me jugó
aquella mala partía.»

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

La misma decoración de los actos anteriores.—Es de noche, una noche de luna. Todos los faroles encendidos.

(Al levantarse el telón están en escena MILAGRITOS, LUISA, TIAGO, MAMBRULLO, POSTIGO y CERUTI. Todos están preocupados y tristes. Milagritos, sentada en un extremo de la escena, sorbe de cuando en cuando y se seca los ojos.)

Una voz *(Canta lejos.)*

Toíto tiene que cambiá,
y ha de sé rosa er capullo
y ha de sé leña er rosá.

(Se pierde la voz en la lejanía.)

Luisa *(Desde la puerta del foro.)* Sarvaó er garrochista, que va pa su jasienda.

Mambr. Pos una copla ha cantao Sarvaorillo que tiene mucho que rumiá; ¿verdá, Tiago?

Toíto tiene que cambiá,
y ha de sé rosa er capullo
y ha de sé leña er rosá.

¡Pa rumiarla!

Ceruti *(A Mambrullo.)* Tú, ya hasta rumias, ¿eh?

Mambr. Aquí, Tiago, m'ha enseñao.

Postigo Ya lo creo que cambia to. Hase cuatro horas estábamos tos sartando de contento, y hay que vé ahora la cara de ca cuá.

Ceruti ¿Cacuá? ¿Quién es cacuá?

Mambr. Dise la cara de ca qüisque

Ceruti ¿Pero quién es «ca-qüisque»?

Mambr. La cara de cada cuá, de cada qüisque, de ca-

da nosotro, señó. ¿Es que hablamo en latín?

Ceruti Hombre, en latín, no; pero en japonés, quién sabe.

Luisa ¡Tengo un coraje!... Creíamos nosotra que nos íbamos a llevá bailando hasta pasao mañana. ¡Sí, sí!...

Postigo Güeno, y después de to, ¿qué es lo que ha pasao aquí? ¿Lo sabusté, Tiago, usté que lo sabe to?

Tiago Hombre, yo en este caso «concleto», no sé sino lo que sabéis ustedes; que cuando Mambrullo estaba cantando er tanguillo del «tejolete», llegó Frasquita mu surfurá, le dijo: «Cállate, bestia», habló con la señorita Isabé, que era la única que queaba allí con nosotro, se vinieron las dó corriendo pa la casa y nos queamos tos con la boca abierta, como si estuviéramo comiendo mantecao helao.

Mambr. Así fué.

Tiago Ahora, que yo he estao aquí rumiando un rato y he venío a pará a una cosa, que pué que no me equivoque. *(Gran curiosidad en todos.)*

Postigo ¿A vé?

Mambr. ¿Qué es, Tiago?

Tiago Veréis ustede. *(Dándose una gran importancia.)* Amos a vé. Aquí, ¿por qué había juerga? Porque de pronto, dijo don Gonzalo que la señorita Angele y él eran novios, ¿no es eso?

Ceruti Novios, no; prometidos, que es peor.

Luisa Querrás decir que es más.

Ceruti Porque es más es peor.

Mambr. Callarse ustede, que está Tiago rumiando.

Tiago Pos si había juerga porque eran novios, er mandasno desí que s'acabara la juerga, era tanto como sirnificá que s'había acabao er noviajo. ¿Doy con er deo en er botón?

Mambr. Sí, señó. Eso está mu bien rumiao, Tiago; eso es lo que ha debío de pasá, porque a ella, según disen, le dió una convursión.

Luisa Sí, señó: una convursión de esas sin gritos ni na.

Mambr. Y está desde entonce en su cuarto, que no ha salío de él.

Luisa Y mu pensativa, que yo la he visto por er bujero de la llave.

Mambr. Y a é se lo ha llevao la familia a da un pa-

seo por la carretera, pa que se refresque. ¿No es verdá, Ceruti?

Ceruti Es verdad. ¡Una carita llevaba!...

Postigo Y otra cosa muy importante; que siendo la hora que es, no s'ha dío entavía el arministradó, porque el artomovi está ahí en el armijá.

Tiago ¿Y está don Francisco con su hermana?

Mambr. No: está con los otros. Con la señorita Angeles la que está es Frasquita.

Luisa Eso era ante. Ahora la ha remudao su hija, porque Frasquita tenía que prepará la comida pa los señores.

Ceruti Que no sé a qué hora van a comer esta noche, porque son ya muy cerca de las nueve y ni resollar.

Postigo Argo mu gordo ha pasao aquí, señore.

Tiago Yo veo en to esto la mano der clero.

Mambr. ¿Eh?

Postigo ¿Qué disusté?

Tiago Que pa mí, que er curita ha tenío la curpa de to.

Luisa Usté, con su manía de siempre.

Tiago Ni manía ni na. Me fundo en unas palabras que ar salí ellos le oyó desí mi niña.

Postigo ¿Tú, Milagritos?

Luisa ¿Qué fué, Milagritos?

Milagtos. *(Desabridamente y sin mirarles siquiera.)* ¡Dejarme a mí ya de una vess!... *(Extrañeza general.)*

Ceruti ¿Eh?

Postigo ¿Qué le pasa, Tiago?

Tiago Torsía que está, pero de un guantaso la vi yo a poné más derecha que una vela.

Luisa *(Acercándose a ella.)* ¿Qué te pasa, mujé?

Milagtos. Pos me pasasss...

Tiago *(Amenazador.)* Como lo digas, vas a ve.

Milagtos. *(Levantándose resuelta.)* Ea, pos lo digo, lo digo y lo digoss.

Tiago ¡¡Milagrito!!...

Milagtos. Na, que mi padre quiere que nos vayamo esta misma noche de «Los Parrales».

Todos ¿Eh?

Tiago Sí, señó. Con la fresca.

Mambr. ¿Pero irse aónde?

Milagtos. A Jeré. Dise que él puede ajustarse de carrero o de arrumbadó, y que yo puedo entrá de «tenturtriss» en cualquier casa. ¿Le parese a

usté? ¡Malhaya sea la horas en que se descubrió que yo sabía er fransé!

Ceruti (¡Atiza!)

Postigo Pero eso ¿a qué viene, Tiago?

Tiago ¡Pchs! Cosas mías.

Milagtos. Que dise que sabiendo la gente cómo son sus apellidos, no puede él seguí en esta casasss.

Postigo ¡Pero Tiago!

Tiago No me digas na, Postigo. Ca uno tiene su estómago, y a mí no me llama naide Sacristán ni Fraile, porque ar que me lo llame lo abro en caná. Me voy a onde naide me conosca, y listo.

Ceruti Pero qué tontería... ¿Su padre de usted no era Sacristán?

Tiago Sí, señó.

Ceruti ¿Y su madre de usted no era Fraile? *(Risas.)*

Tiago ¿Ha dicho usté eso con segunda? *(Cogiendo una estaca.)* Porque yo, mardita sea mi sino...

Postigo *(Sujetándole.)* ¡Tiago!

Luisa *(Idem.)* ¡Pero Tiago!...

Tiago Güervo a desí que ar que me llame a mí... esas cosas, lo mondo y lo machaco y me lo como. *(A Milagros.)* Prepara la ropa.

Mambr. *(Encarándose con él.)* ¡Usté no monda na, ni machaca na, ni se come na! *(Asombro en todos.)*

Tiago ¡¡Mambrullo!!

Mambr. Y usté no se lleva de aquí a su hija, porque yo me voy detrás de usté disiéndole Fraile y Sacristán y monasillo y... púrpito.

Tiago ¡¡¡Mambrullo!!!...

Mambr. ¡¡Y púrpito!! ¿Qué pasa?

Tiago ¡Tú no has rumiao lo que estás disiendo!

Mambr. Yo he rumiao lo que tengo que rumiá, y yo me caso con su hija de usté por ensima de la veleta de la torre de la Colegiata. ¿Usté se entera?

Tiago *(Achicado.)* Bueno, hombre; ya hablaremos. No te pongas asina. To se arreglará.

Mambr. ¡Mucho ojo!

Milagtos. (¡Al istante me caso yo con ese bessstia!)

Tiago *(Aparte a Milagritos.)* Ya has oído, tú...

Milagtos. *(Aparte a Tiago.)* De tenturtrisss estoy mejón, padres. Aluego, cuando tos estén dormío, nos iremo. *(Se separan.)*

Ceruti *(A Milagritos.)* Que sea enhorabuena.

Milagtos. Ya comprenderás que eso son cosa cuyass.

¿Aónde va una muchacha finass con ese grullo? Además, que a mí me gusta otro hombress.

Ceruti ¡Ah! ¿Sí?

Milagtos. *(Suspirándole.)* Uno que m'ha cogío por la prenunsiasión. *(Muy melosa.)* ¿Sabes tú por dónde voy?

Ceruti Por la carretera; pero échate a un lao, que hay grava.

Milagtos. Si me voy te escribiré. Te escribiré en españó, pa que me entiendas.

Luisa Aquí baja Mariquita.

(MARIQUITA entra en escena por la izquierda segundo término y todos se acercan a ella llenos de curiosidad.)

Milagtos. ¿Qué, Mariquita?

Postigo ¿Sabes argo?

Luisa ¿Qué t'ha dicho?

Ceruti ¿Está más tranquila?

Mariq. ¡Ya lo creo! Mu tranquila y mu entera. No hase más que desí: «¡Tenía que pasá!... ¡Tenía que pasá!»

Mambr. ¿Y qué es lo que ha pasao, lo sabes tú?

Mariq. Que han reñío, pa los restos.

Postigo ¿Por curpa de quién?

Tiago ¿Verdá que ha sío der cura?

Mariq. ¡Qué cura ni qué joroba, señó; que está usté siempre con los curas a pleito: ¡cómo se conose que es usté Sacristán!...

Tiago ¡Sujetarme!

Postigo Cállese usté, hombre.

Mambr. Sigue contando, Mariquita.

Mariq. Na, que yo le pregunté: «dígamusté, señorita, ¿quién ha tenío la curpa de la riña?» Y ella, en lugá de contestarme, como a mí me ha querío siempre tanto, me echó los brasos ar cuello y me dijo: «¡Mi vida, mi vida!...» ¡Ah! Y m'ha dao un encargo. M'ha dicho que le diga ar señorito Gonzalo que quiere hablá con é esta misma noche, sea como sea, y que se lo diga yo a é, sea como sea, de manera que se lo tengo que desí sea como sea.

Postigo Se lo diremos tos, si es menesté.

Mambr. ¡Claro que sí!

Frasq. *(Por la primera puerta de la izquierda.)* ¿Pero es que esta noche va a durá la tertulia hasta el amanesé?

Mambr. Mujé, Frasquita, que acaban de da las nueve.

Frasq. ¿Y te parese poco? Mañana, pa levantarte será ella, gandulaso...

Ceruti *(Desde la puerta del foro.)* Aquí vienen ya los señores.

Frasq. *(De mal talante.)* Ea, pues ca mochuelo a su olivo. ¡Largo!

Tiago ¡No hay que arrempujá, Frasquita!

Frasq. ¿Arrempujá yo, y ni siquiera me he movío?

Tiago Arrempuja usté con la vó, que ya es bastante. ¿Qué es eso de largo? ¡Ni que fuéramos bestias!

Ceruti ¡Silencio!

Condesa *(Entran en escena la CONDESA y ERNESTO)* El pobre San Martín no sabe cómo reconquistar nuestra estimación, y dice una de tonterías...

Ernesto Piensa que dándonos la razón en todo cuanto hablemos, lo consigue... ¡Es tan corto de alcances!

Isabel *(Entrando en escena con PACO y GONZALO. Este último se queda en la puerta, un poco abstraído.)* Creo que no hemos gozado ninguna otra noche de una temperatura tan deliciosa..

Paco En efecto. Y el cielo está precioso: su lunita, sus luceritos, sus estrellitas...

Isabel A mí el campo de noche me entusiasma.

Paco Y a mí. Es una paz, un silencio...

Isabel Y el silencio, unos ruidos tan extraños...

Paco ¡Oh! Muy extraños. Una cigüeña que crotora...

Milagtos. ¡Josússs!...

Paco Un perro que ladra, un grillo que estride, una rana que croa.

Milagtos. ¡Ay!

Mambr. ¿Qué dise este hombre?

Mariq. *(Aparte a Gonzalo.)* La señorita Angele quiere hablá con usté, sea como sea.

Gonzalo *(Despectivamente.)* Déjame en paz. *(Se separa de ella.)*

Milagtos. *(A Mariquita.)* ¿L'has dao er recao?

Mariq. Sí.

Milagtos. ¿Y qué te ha dicho?

Mariq. ¡Déjame en paz!

Milagtos. *(Creyendo que es a ella.)* Pos anda y que te sursan. ¡Josú, y qué tonta! Qué se habrá figurao...

Mariq. Pero si es que lo que m'ha dicho...

Milagtos. *(Volviéndole la espalda.)* ¡Anda y vete ya!... *(Se separa de ella y habla con Paco e Isabel.)*

Frasq. Señorita, usté dirá si se echa la sopa y si se fríen las cocletas.

Condesa Sí, Frasquita, que es tardísimo. Avísanos cuando esté todo listo.

Frasq. Sí, señora... Ceruti, y ustedes, niñas...

Luisa Vamos allá.

Ceruti Andando. *(Se van por el psimer término de la izquierda Frasquita, Mariquita, Luisita y Ceruti.)*

Postigo Güeno, pos hasta mañana.

Ernesto Si Dios quiere, Postigo.

Mambr. Güas noche.

Condesa Buenas noches. *(Se van los dos por el corredor de la derecha.)*

Paco *(A Milagritos.)* ¿Entonces ahora está sola en su cuarto?

Milagtos. Sí, señó. *(Siguen hablando.)*

Isabel Voy a verla sin que mamá se entere. ¡Me da una lástima!... *(Acercándose a la Condesa.)* Voy a subir un instante, porque mira cómo me ha dejado las manos el dichoso rosal.

Condesa Ponte un poco de yodo en esos pinchazos.

Isabel Sí, sí... *(Vase por la izquierda, segundo término.)*

Tiago (Ya que voy a dejá la casa, no me importa que haiga bronca. *(Coge una estaca.)* Ar que me diga Sacristán o Fraile, o na más que Santiago, le arreo un estacaso.) *(Llamando a Milagritos.)* Niña...

Milagtos. Sí, señó; ya voy. Ea: sasta mañanas si Dios quiere.

Condesa Adiós, Milagros.

Ernesto Id con Dios.

Paco Buenas noches.

Tiago *(Con las del Beri.)* Salú, señores. *(Nadie le contesta.)* Buenas noches.

Paco *(Sin mirarle.)* Adiós, adiós...

Tiago Buenas noches a tos.

Milagtos. Josússs, padre, qué permaso estasté con las despedida.

Tiago *(Riéndose de mala gana.)* (Han tenío suerte.) *(Se va con Milagros por el corredor de la derecha.)*

Condesa *(A Gonzalo, que continúa abstraído, bajo el peso de su dolorosa preocupación.)* Vamos, Gonzalo, por Dios...

Gonzalo Tienes razón, madre. No hay que tomar las cosas tan a pecho. Después de todo... ¡Bah! Una ilusión perdida... ¡Cómo ha de ser!... Otra vendrá que la sustituya.

Paco Claro, hombre.

Gonzalo Y si no viene, mejor.

Paco Cien veces mejor, amigo mío. No hay locura semejante a la de cimentar la felicidad sobre cosa tan poco sólida como el amor de las mujeres. Todas son lo mismo: no hay una sola que merezca...

Condesa ¡Por Dios, San Martín!

Paco *(Azoradísimo.)* Bueno, distingamos; porque para mí, usted... claro; usted para mí... no es mujer.

Condesa ¡Hombre!...

Paco Quiero decir, señora, que, vamos, para mí es usted... una santa.

Condesa ¡Oh!

Gonzalo Sí, madre; San Martín dice bien: eres una santa y fuera de ti no hay ninguna mujer digna de que pongamos en ella nuestra confianza, ni le sacrifiquemos nuestra vida; todas son lo que esa desgraciada, cuyo nombre es el más sangriento de los sarcasmos... ¡Todas son Angeles!...

Condesa No exageres, Gonzalo... Y con respecto a Angeles, te aseguro que pasada la sorpresa que el descubrimiento de la superchería me produjo en el primer instante, más bien siento piedad que enojo por esa infeliz. Hay que reconocer que ella no se propuso engañarnos por sacar del engaño provecho alguno.

Paco Evidente.

Condesa Estaba aquí representando su papel cuando nosotros llegamos y quiso irse.

Paco Evidentísimo.

Condesa Su conducta a nuestro lado ha sido irreprochable; tan irreprochable que todos estábamos prendados de ella y todos aprobamos tu elección. La misma manera de descubrirlo todo es otra prueba de lealtad. Sobrecogida por el asombro que le produjo la petición formal de su mano, no esperó a que otros hablasen: se confesó ella misma.

Paco ¡Ella misma!

Condesa ¡Y cuidado si debió hacerla sufrir la confesión!... No quiere esto decir que yo disculpe

ciertas faltas que el mundo no perdona y hace bien en no perdonar.

Paco Estamos de acuerdo.

Condesa Para una mujer que cayó tan bajo como ella, no hay redención posible; pero si pudiera haberla para alguna, sería sin duda para esa desventurada. En su alma queda todavía un gran fondo de honradez, de bondad, hasta de virtud... ¡Es lástima que esté tan manchada de barro por fuera!

Paco Tiene usted razón, Condesa. Angeles lleva el alma de una mujer honrada dentro del cuerpo de una pecadora. De no ser así, no hubiera prolongado su estancia en el cortijo, una vez curada, y, por consiguiente, no la hubieran ustedes sorprendido. Ella amaba esta existencia tranquila del campo, tanto como aborrecía la otra que siempre le repugnó. —«No me saques de aquí—me decía a cada paso—; deja que me haga la ilusión de que soy una buena mujer; no necesito más para ser feliz...» Y era feliz, en efecto, entre esta pobre gente. Ustedes lo han visto con sus propios ojos y son testigos de lo que ella era aquí. Sirva esto, sino de exculpación, de atenuante por lo menos a mi falta... Yo, no sé cómo justificarme a los ojos de ustedes; estoy verdaderamente fatigado, apurado... Comprendo que he hecho mal en consentir que permaneciera en el cortijo, pero ¡me daba tanta pena sacarla de un lugar donde se redimía para lanzarla de nuevo al desorden, al vicio, a la desventura!...

Gonzalo ¡No!... ¡Eso no!...

Condesa ¡Por Dios, San Martín!... No diga eso.

Ernesto No lo piense siquiera. Por nuestros labios no debe hablar únicamente el egoísmo.

Paco Es que el problema, amigo mío...

Ernesto El problema tiene varias fases y hay que pensar en todas ellas. Es cierto que ni Angeles ni usted han hecho bien en engañarnos, aunque haya sido contra su voluntad y, desde luego, sin mala intención.

Paco Eso puede usted jurarlo.

Ernesto Pero esto no se refiere más que a un aspecto del asunto y al menos importante: al criterio del mundo en estas cuestiones. Ya sé yo que se murmurará de nuestra falta de cautela,

de que hayamos vivido en familia con esa desdichada... ¡Qué le hemos de hacer! Después de todo no conozco ningún precepto divino que nos mande arrojar de nuestro lado a las pecadoras arrepentidas... Cristo mismo aceptó por acompañante a la Magdalena. No es en eso, que además ya es cosa pasada, en lo que debemos pensar, sino en lo futuro: en no empujar nosotros a su perdición a esa pobre criatura. Si Angeles, al salir de aquí, se ve sin sostén, sin recursos, volvería al vicio. ¿Debemos consentirlo tratándose de quien hasta hace unas horas creíamos digna de llevar nuestro nombre? ¿Debemos dejar que se pierda ese alma que todos convenimos en que está limpia aunque se encierre en un cuerpo manchado? Hay que evitar eso a toda costa: como sea. No miremos solamente a nuestra comodidad: miremos también a nuestro deber; no oigamos solamente lo que dice el mundo: oigamos también lo que manda Dios.

Paco Tiene usted la propiedad de conmoverme, querido Ernesto. En todo dice usted siempre la última palabra.

Ceruti *(Por la izquierda.)* Los señores pueden pasar cuando gusten.

Paco (¡Gracias a Dios!... Tengo una debilidad...)

Condesa Haga el favor de avisar a la señorita Isabel. Debe estar en su cuarto. *(Vase Ceruti.)* No tengo ni pizca de ganas.

Ernesto Ni yo.

Paco Claro, el disgusto; yo tampoco... (¿Quién dice que tiene apetito?)...

Condesa *(Al ver que Gonzalo no se levanta.)* Gonzalo.

Gonzalo Déjame, madre; me haría daño lo que comiese.

Condesa Pero si siquiera un plato de sopas...

Gonzalo Nada; déjame.

Ernesto *(A Paco.)* Lo comprendo, porque yo...

Paco Como yo, como yo...

Ceruti *(Pon donde se fué.)* Ya baja la señorita. *(Mutis por la izquierda, primera puerta.)*

Condesa *(Haciendo mutis tras él, con Ernesto.)* ¡Ay, Dios mío!...

Paco (¡Con el hambre que yo tengo!... Pero nada, no debo comer. Quien se pone a devorar, rodeado de personas inapetentes y más siendo yo uno de los causantes del disgusto... Si hay

ocasión, me guardaré un pan y luego...) *(Mutis.)*

Isabel *(Con ANGELES, por la izquierda, último término.)* Ahí le tienes... Gonzalo...

Gonzalo *(Al ver a Angeles.)* ¿Eh?

Isabel *(Un poco cortada.)* Quiere hablarte...

Gonzalo *(Extrañadísimo.)* ¿Y tú?... ¿Tú?...

Isabel *(Sin saber qué decir.)* Es que... quiere hablarte...

Angeles *(A Isabel.)* ¡¡Gracias!!... *(Isabel, un poco conmovida, hace mutis por la izquierda primera puerta.)*

Gonzalo ¡Esto más!...

Angeles Ha de oirme, aunque no quiera. Estoy decidida a no salir de esta casa sin hablar con usted.

Gonzalo ¿No sería mejor evitar explicaciones enojosas?...

Angeles ¿Quién le dice que vengo a dárselas?

Gonzalo ¿Eh?

Angeles No pretendo ni justificarme a sus ojos, ni disculpar mi conducta, ni aun siquiera pedirle perdón.

Gonzalo ¿Pues qué pretende entonces?...

Angeles Decirle que reconozco que soy la más despreciable de las mujeres, pero que así y todo no merezco que piense usted mal de mí. Si he prolongado la ficción en que hemos vivido hasta hace unas horas, aun sabiendo que hacía mal, aun presintiendo el conflicto que provocaría al cabo, ha sido por algo más fuerte que mi voluntad.

Gonzalo ¿Por qué? Sepamos.

Angeles Ya lo dije una vez. ¿A qué obligarme a repetirlo?

Gonzalo Se conoce que soy flaco de memoria.

Angeles No es memoria lo que le falta: es que se avergüenza de haber inspirado cariño a una mujer como yo. Es natural. El cariño de una mujer como yo sólo debe producir sonrojo.

Gonzalo *(Irónico.)* ¡Ah! ¿Pero ha sido el cariño la causa?...

Angeles ¡Sí!

Gonzalo Vamos; está visto que, en efecto, le gusta prolongar las ficciones.

Angeles ¡No!... ¡No!... El decirle que le quiero no es ficción, es verdad. ¡Quizá sea la mayor verdad que ha salido de mis labios en la vida!

Gonzalo (*Con disgusto.*) Por Dios... Yo le ruego...

Angeles Ya sé, ya sé que el oirme decir esto debe serle desagradable. Una declaración de amor en boca de quien es lo que yo soy tiene que sonar a cinismo, casi a ultraje... Pero así y todo quiero hacerla. Yo no puedo separarme de usted para siempre sin decirle lo único que me redime... que me redime a mis ojos porque a los de usted no habrá nunca redención para mí...

Gonzalo (*Burlón.*) Es interesante la historia de ese amor... ciego.

Angeles (*Vivamente.*) Ciego, sí: usted lo ha dicho. No cabe mayor ceguera que la de mi cariño. ¿Acaso a mí podría ocultárseme que cada día que prolongaba el engaño, no era sino un motivo más para que usted me odiara? Y, sin embargo, lo prolongaba, porque no ya un día, una hora, un minuto de saberme amada por usted, era para mí una ventura tan grande, que daba por ella cuantos tormentos futuros me aguardaban. Y no se me ocultaba tampoco que no era a mí a quien usted quería; que no era a la mujer degradada, sino a aquella otra Angeles que se figuraba buena, honrada, virtuosa, pero... ¿qué me importaba después de todo? Cuando estaba a su lado, era yo, fuese buena o mala, quien le hacía sentir y con eso me bastaba para ser feliz, para disfrutar de una felicidad nueva, desconocida... y tan grande, tan grande, que hasta entonces no había ni sospechado que pudiese existir sobre la tierra.

Gonzalo (*Conmovido.*) ¡Angeles!...

Angeles ¡Ser amada de verdad, como lo son las mujeres buenas! Yo he vivido en esa ilusión desde que vivo junto a usted... ¡y era para mí tan hermosa!... Acariciándola, me parecía que toda mi existencia anterior—aquella existencia de envilecimiento que tanto me repugnaba, sobre todo desde que había conocido esta otra—desaparecía, se borraba de mi memoria; que yo era una criatura como las demás y sentía un placer tan hondo que no lo amargaba ni la certidumbre de que la mentira se descubriría al fin; porque cuando pensaba esto, pensaba también en que usted al verse engañado me mataría y eso lo re-

solvía todo. No miento. Estaba tan ciega que llegué a convencerme de que era la única solución lógica, deseable y feliz: que usted me matara.

Gonzalo (*Como antes.*) ¡Angeles!...

Angeles Pero usted no me quería a mí lo bastante para eso. Yo sí, yo le hubiera matado a usted, si se hubieran trocado los papeles porque el cariño verdadero al verse traicionado, o se sobrepone a la traición o se convierte en odio. En lo que no se convierte jamás es en indiferencia que es lo que en este momento siente usted por mí, imponiéndome con ella el más cruel de los castigos.

Gonzalo ¿Indiferencia? ¿Va usted a hacerme el nuevo agravio de suponer que en un momento haya podido borrarse de mi alma el sentimiento que la llenaba? No, Angeles, no. Pero ¿a qué volver sobre eso? Lo que hace unas horas era posible, no lo es ya.

Angeles ¿Que no?

Gonzalo ¿Eh? ¿Cree usted que puedo darle mi nombre?

Angeles ¿Su nombre? ¿Lo quiero yo acaso? Aunque usted me lo hubiera ofrecido, yo no lo hubiera aceptado jamás.

Gonzalo (*Sorprendido.*) Entonces... ¿A qué aspiraba?...

Angeles A su cariño, nada más; a su cariño sin precio y sin condiciones; para una hora o para toda la vida; para lo que usted hubiera querido; a ser suya de verdad, un instante... Con eso me bastaba. La que tantas veces había sido comprada sin amor por hombres que la repugnaban, tenía sed de poder decir una vez siquiera al hombre adorado: «Aquí me tienes para ti; dime que me quieres y luego... haz lo que se te antoje conmigo: consérvame a tu lado o arrójame de él; ténme por compañera o por esclava; acariciame o mátame!...»

Gonzalo (*Exaltándose.*) ¡Por piedad, Angeles, por piedad!... No me haga soñar con lo que no puede ser.

Angeles (*Con cariño.*) ¿No puede ser lo que está en su mano?... ¡Sí, Gonzalo!... ¡Yo quiero que sea!...

Gonzalo ¡¡Angeles!!...

Angeles ¡Yo quiero que sea!... ¿Quién puede impedir que nos queramos? ¿No somos libres los dos?... ¡¡Gonzalo!!...

Gonzalo ¿Serías capaz de huir conmigo?

Angeles Adonde tú quieras llevarme.

Gonzalo ¿Ahora mismo?

Angeles Ahora mismo.

Gonzalo Sí. ¿A qué resistir más? Tenemos a nuestro alcance la ventura. Cojámosla.

Angeles ¡Gonzalo!... ¡Gonzalo de mi alma!

Gonzalo *(Abrazándola.)* ¡Angeles!... ¿De verdad me quieres?...

Angeles Inventa otra palabra: querer es poco.

Condesa *(Por la izquierda, primer término.)* ¡¡Gonzalo!!

Angeles *(Separándose de Gonzalo bruscamente.)* ¡¡Jesús!!...

Condesa ¿Qué es esto, Gonzalo?

(Entran en escena ERNESTO, PACO e ISABEL.)

Gonzalo *(A Angeles.)* Espérame en tu cuarto. *(Angeles, sin levantar la vista del suelo, hace mutis por la izquierda, último término.)*

Paco (¡Ahora va a ser ella!... ¡Vaya un postre para no haber comido!)

Condesa ¿Qué significa lo que he visto, Gonzalo?

Gonzalo Que he decidido irme de aquí con esa mujer.

Paco ¿Eh?

Ernesto Eso no es posible.

Condesa Por Dios, hijo mío, piensa...

Gonzalo El cariño no sabe pensar más que en sí propio, madre. No puedo resignarme a perder a Angeles, no puedo. Bien sabes que estaba resuelto a compartir con ella la vida.

Condesa Pero las circunstancias han cambiado.

Gonzalo Las circunstancias, sí; mi corazón, no.

Condesa ¿Y prefieres la muerte de tu madre?...

Gonzalo ¿Tu muerte?...

Condesa No lo dudes. Me mataría la pena si supiese que tú, mi hijo, dabas el escándalo de vivir públicamente con una mujer de esa clase.

Ernesto *(Por Isabel.)* Madre, repara...

Condesa Tienes razón; Isabel no debe oir esta conversación. Vete, hija mía.

Isabel No; déjenme aquí. Te lo ruego, madre. Las cosas de Gonzalo y Angeles me interesan tanto como las mías propias.

Condesa Pero...

Isabel Por desgracia estoy ya enterada de todo cuanto sucede.

Ernesto En ese caso... Tal vez su presencia sea un

freno para ese desgraciado y nos ayude a contenerle.

Gonzalo Tú no eres voto en esta cuestión, Ernesto; tú no sabes lo que son las pasiones. Has tenido fuerza de voluntad suficiente para desligarte de ellas y... no sabes.

Ernesto ¿Pero es que sólo los que vestimos este traje estamos obligados a dominar nuestras pasiones? Los demás tenéis fuero que os autorice a ser juguetes de ellas?

Paco Tiene razón Ernesto, Gonzalo. Ahora lo veo con absoluta claridad. No debe usted tomar de ligero una resolución tan grave. La misma Angeles estaba hace un momento resignada a la separación.

Condesa Ya oyes lo que dice San Martín. Piensa en lo que sería para nosotros, para una familia como la nuestra, que la gente te señalara con el dedo, que el mundo dijera...

Gonzalo ¡El mundo! ¡Bah! ¿Y qué nos da ese mundo a cambio de lo que le sacrificamos?

Ernesto No es el mundo solamente el que prohibe ciertas cosas: es Dios... ¡Dios, sobre todo!

Gonzalo También a Dios se le calumnia muchas veces y me extraña que seas tú, un ministro de su piedad quien lleve en esta discusión la voz de la crueldad y de la intransigencia.

Ernesto ¿Qué dices, Gonzalo?

Gonzalo ¿Es que Dios no perdona? ¿Es que Dios no deja abierto para el que pecó otro camino que el de la expiación y el castigo implacables? ¿Acaso no delinquen todos los días más gravemente que Angeles muchas mujeres, que luego se redimen y vuelven a la senda del bien y de la ventura? Pues si la que peca, no por ignorancia, sino por perversidad y por vicio puede ser perdonada, ¿cómo no puede serlo la infeliz a quien hicieron caer el abandono, la miseria y la necesidad? ¿Cómo va a decírsele a ésta, para ti no puede haber redención ni felicidad; a ti sólo te está negado el único don de la tierra: un amor verdadero? No; lo repito, Ernesto; ¡calumnias a Dios!

Ernesto ¡Deliras, Gonzalo!... Quieres presentarte a nuestros ojos como una especie de redentor y no hablas sino en nombre del más bastardo de los egoísmos y de una moral absur-

da, inventada para tu conveniencia. Protestas contra Dios y contra el mundo y no tienes valor para ponerte ni contra el mundo ni contra Dios. Me das lástima.

Gonzalo ¿Qué me quieres decir?...

Ernesto Que no tratas sino de engañarnos o de engañarte a ti mismo; que ni siquiera es verdad que quieres a esa mujer.

Gonzalo ¡Ernesto!

Ernesto Si la quisieras verdaderamente, cumplirías con tu deber.

Gonzalo ¿Y cuál es mi deber?

Ernesto O no perseguirla, si sólo buscas en ella caricias impuras de pecadora, o darla tu nombre, si es cierto que quieres redimirla y dignificarla. *(Asombro en todos.)*

Gonzalo ¿Eh? ¿Darla mi nombre?

Condesa No digas eso, hijo mío.

Ernesto Debo decirlo, madre; sobre todo, después de haberme acusado Gonzalo de que, como ministro del Señor sólo hablaba en nombre de la intransigencia y de la crueldad. No. Para el criterio del mundo será inadmisible que un hombre de honor de su mano a una cortesana: el Dios de las misericordias no rechaza ningún amor, los bendice a todos; sólo exige que se santifiquen ante él.

Condesa Calla, Ernesto, calla; eso es imposible.

Gonzalo No, madre; déjale hablar. Ahora es cuando empiezo a estar conforme con mi hermano; ahora que me aconseja.

Ernesto *(Atajándole rápidamente.)* No: cuidado. Yo no aconsejo nada: señalo los dos únicos caminos que puedes seguir en conciencia, y nada más.

Gonzalo Y yo acepto cualquiera, con tal que me conduzca a ser dueño de Angeles, a compartir con ella la vida.

Condesa Despacio, Gonzalo. Tu hermano habla como debe hablar. Como corresponde a su estado. Para un sacerdote la ley de Dios es lo primero, pero en este caso tampoco debemos olvidar las leyes del mundo en que vivimos. Si tuvieras alguna culpa que reparar respecto a esa desgraciada, yo sería la primera en aconsejarte que lo hicieras: no debiéndole reparación alguna, lo mejor será que la olvides.

Gonzalo ¿Y si no pudiera? ¿Y si mi amor fuera más fuerte que mi voluntad? ¿Y si no concibiese la existencia sino a su lado?

Condesa Esas son exageraciones, Gonzalo. El tiempo hará al fin su obra.

Paco Quién lo duda.

Condesa Entre todos señalaremos a Angeles una pensión para que pueda vivir con el decoro necesario y sin peligro de nuevas caídas y...

Gonzalo Ni ella nos pide dinero ni lo aceptaría aunque se lo brindásemos: estoy seguro. Además de que no es una limosna lo que yo puedo darle: es mi alma entera.

Ernesto Pues dásela, pero sin cobardía; no degradándola, sino enalteciéndola; no hundiéndola de nuevo en la abyección, sino haciéndola tu esposa.

Condesa *(A Ernesto.)* Tú discurres como un religioso, desligado de las cosas terrenales; pero Gonzalo no puede discurrir así. ¿Va a presentarse ante la gente con semejante esposa? El tiene que vivir en el mundo.

Ernesto ¿Quién le obliga a ello? Si es cierto que sólo necesita de su amor para ser dichoso, esta finca puede ofrecer un buen refugio a su felicidad. Aquí Angeles es considerada y respetada por todos.

Condesa ¿Y el uniforme que viste? La Milicia es la carerra de los caballeros, de los hombres de honor. Puede que sus mismos camaradas se opusieran a que un oficial del Ejército...

Ernesto Si le estorba el uniforme, que tenga valor y se lo arranque. Ya ha demostrado que sabe dar la vida por la Patria. Nadie le tachará de cobarde.

Gonzalo Pienso lo mismo que tú.

Condesa *(A Ernesto.)* Por Dios, hijo mío; parece que te has propuesto que tu hermano cometa la mayor de las locuras; que lo empujas materialmente...

Ernesto A nada. No le cierro el camino para que pueda retroceder. Creo como tú que no le debe a Angeles reparación alguna y que no está obligado a dársela por consiguiente. Lo que digo es que si por encima de toda consideración está resuelto a ligar a ella su vida, sea con un lazo bendecido por Dios, no por la cadena del pecado.

Gonzalo En ese punto mi resolución es inquebrantable. Angeles ha de ser mía. ¿Cómo? Como queráis. Os entrego la cuestión. Resolved y yo prometo obediencia a vuestro fallo; pero a condición de que nuestras vidas han de ser una sola a partir de este instante.

Condesa ¡Gonzalo!

Gonzalo Es mi última palabra. ¿Decidís que la haga mi esposa? Bien; pues la haré mi esposa. ¿Que para eso es necesario que deje la carrera, que renuncie a vivir en el mundo en que he vivido hasta ahora? Lo haré si no hay otro rmedio. ¿Creéis, por el contrario, que no debo darle mi nombre, que al fin es el vuestro, porque al dárselo lo desdoro? Pues también acepto la resolución. Por mí no tendréis que avengonzaros; pero manceba o esposa, con la bendición del cielo o con vuestro anatema, esa mujer es mía y no habrá fuerza que la arranque de mis brazos. Eso es lo único que no habéis de resolver vosotros, sino yo; y eso está ya resuelto. Para mí no hay más que una cosa en el mundo: Ella, ella... y ella.

Ernesto *(A la Condesa.)* Ya estás oyendo cómo plantea la cuestión. De tu consentimiento o de tu resistencia depende que se salven o se pierdan dos almas... ¡una de ellas la de tu hijo!

Condesa ¡Ah! ¡No!... Siendo así no debo vacilar. Lo que piense el mundo no puede pasar para mí por delante de lo que manda Dios. *(A Gonzalo.)* ¿Tú estás decidido a no renunciar a esa mujer?

Gonzalo Decidido.

Condesa Pues entonces, todo, antes que ser yo la causa de que vivas constantemente en pecado mortal. Hazla tu esposa y que Dios os bendiga.

Gonzalo ¡Gracias, madre!

Paco Ha tenido usted un hermosísimo arranque, Condesa.

Isabel ¿Quieren ustedes que busque a Angeles y le comunique esta resolución?

Ernesto Sí; dila que Gonzalo está dispuesto a casarse con ella cuanto antes. *(Se va Isabel por la izquierda, último término.)*

Gonzalo No esperaba otra cosa de ti, madre mía. Los prejuicios del mundo no han obscurecido en ti la idea del deber.

Condesa Es horrible la situación en que me pones, Gonzalo.

Gonzalo Lo comprendo, pero estoy loco por esa mujer

Paco *(Al ver a MAMBRULLO que entra en escena por el corredor de la derecha, con un hatillo en la mano.)* ¿Eh?

Mambr. Buas noches. *(Se dirige hacia la puerta del foro.)*

Paco ¿A dónde vas a estas horas?

Mambr. Me despío de la casa, don Francisco: he cobrao hoy y no debo ni me deben. Aquí llevo mi ropa y na más. Guas noches.

Paco ¿Pero a qué viene esto?

Mambr. Cosas. Na; Tiago y su hija que se acaban de largá creyendo que yo estaba en la higuera. Por la ventana de la gañanía han sartao pa que naide se diera cuenta. Se van a Jeré; aonde naide separa cómo se apellidan. Y de paso me la quieren jugá a mí de puño. ¡A mí!... Güas noches. *(Ya en la puerta del foro.)* Dende aquí se les ve. *(Gritando y haciendo mutis.)* ¡Sacristán!... ¡Fraile!... ¡¡¡Púrpito!!!...

Isabel *(Entrando en escena por la izquierda con ANGELES.)* Gonzalo; Angeles no cree lo que acabo de decirle.

Ernesto Pues hace mal en no creerlo.

Angeles ¿Eh?

Ernesto Mi hermano Gonzalo, con el beneplácito de nuestra madre, le reitera formalmente la petición de su mano.

Angeles ¿Es posible?...

Ernesto Caiga un velo sobre su vida anterior y no volvamos a descorrerlo nunca. Usted es buena. Todos somos testigos de su dulzura, de su inteligencia, de sus excelentes cualidades, en las que encontramos la más firme garantía de felicidad para el que va a ser su esposo. Con eso nos basta. En esta finca, o en cualquiera otra de las nuestras, encontrarán ustedes un asilo venturoso para su cariño, y como Gonzalo, que piensa pedir su retiro, no necesitará salir de ella, por lo menos en mucho tiempo estarán ustedes libres de visitas indiscretas y de curiosidades enojosas...

Angeles *(Con ironía amarga.)* Lo cual quiere decir

que Gonzalo me sacrifica su carrera, su porvenir, su vida.

Gonzalo Yo no te sacrifico nada: me voy a tu lado a gozar del único bien a que aspiro.

Angeles Donde no le conozcan; donde no tenga ni que ponerse su uniforme; donde nadie se sonría maliciosamente al verle pasar al lado de su mujer...

Gonzalo ¡Calla! ¡Calla!... A mí me basta con quererte.

Angeles ¿Y ese cariño, o esa ilusión, durarán siempre? ¿No llegará un día en que sienta la horrible pesadumbre de sonrojarse de la que eligió por compañera; de ver que sus mismos hijos, si los tuviese, se avergonzaban también de la que le había dado por madre?

Gonzalo ¡Angeles!

Angeles ¡Qué bueno es usted, Gonzalo, pero... qué mal me juzga creyéndome capaz de aceptar el sacrificio de su vida!

Gonzalo ¿Qué me quieres decir?...

Angeles Que una generosidad tan grande, tan inmensa, como la suya, sólo puede ser dignamente correspondida por mí de un modo.

Gonzalo ¿Cuál?

Angeles Rechazándola.

Gonzalo ¿Eh?...

Condesa ¿Se niega usted?

Angeles Rotundamente.

Gonzalo ¡¡Angeles!!...

Angeles Yo le ofrecía otra clase de cariño: un cariño sin condiciones, sin lazos... el único que podía darle. Usted me da mucho más de lo que yo quería... pero ya no puedo aceptar ni uno ni otro... Ni el que yo le brindé porque me envilecería después de lo que usted ha intentado enaltecerme, ni el que usted me brinda, porque le envilecería a usted, a quien yo quiero ver siempre enaltecido.

Gonzalo ¡No! ¡No!...

Condesa ¡Gonzalo!... ¡Hijo!...

Angeles Entre nosotros no cabe más que un recuerdo dulcísimo que dure toda nuestra vida, y una separación para siempre. ¡Adiós, Gonzalo!... *(A Paco, que está junto a ella.)* ¡Vámonos!... *(Casi sin alientos.)* ¡Ayúdame!...

Gonzalo No, no tengo porqué apesadumbrarme en este momento. Somos libres los dos: nos queremos... Vete si quieres: yo iré a buscarte al

fin del mundo; adonde quiera que te ocultes.

Angeles Usted no hará eso si estima en algo mi vida.

Gonzalo ¿Por qué?

Angeles Porque yo le juro que si me persigue, me mataré.

Condesa ¡Jesús!

Angeles Usted debió matarme al descubrir mi engaño. Yo haré lo que usted no hizo. ¡Seré su vengadora!... *(A Paco.)* ¡Vamos!

Paco Vamos, sí... *(Inician el mutis por el fondo.)*

Isabel *(A Gonzalo.)* ¡¡Hermano!!...

Gonzalo *(A Isabel.)* No temas, chiquilla: la buscaré, será mía; me quiere demasiado para matarse. Nadie se mata cuando le aguarda la felicidad.—*(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Undécima edición.)
De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A primera fila, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir a tiempo, entremés en prosa
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos (Segunda edición.)
La niña de las planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de La Jarosa, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La Conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel. comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa. (Segunda edición.)
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
La traición, melodrama en tres actos.
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.
De rodillas y a tus pies, entremés.
La casona, comedia dramática en dos actos.
Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Garabito, chascarrillo en prosa.
La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La fórmula 3 K³, disparate en un acto. (Segunda edición.)
Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
Los planes de Milagritos, apunte de sainete.
Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.
El mal rato, paso de comedia.
Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La mujer, paso de comedia.
Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)
El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado al francés. (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El Fresco del Fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos: (Tercera edición.)
El sinvergüenza en Palacio, zarzuela bufa, música de los maestros Vives y Luna.
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
La señorita Angeles, comedia en tres actos.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Precio: 3,50 pesetas